

¿Qué es el hombre?

Serie - 8

“La lucha interior”



Virgilio Zaballos

ÍNDICE:

1. Introducción
2. Un hijo de la carne y otro de la promesa
3. Nacidos para la libertad
4. Una lucha que divide desde las entrañas
5. Cazador y pacífico
6. A Jacob amé mas a Esaú aborrecí
7. Una naturaleza menospreciadora
8. La elección de mujer
9. Por tu espada vivirás
10. El rencor quiere matar
11. Consuelo con la idea de matar
12. El temor a Esaú
13. Vidas paralelas
14. El reino y los reyes de Edom
15. Los enemigos de Israel
16. Las obras de la carne de Edom
17. El juicio de Dios sobre Edom
18. El profeta Jeremías sobre Edom (I)
19. El profeta Jeremías sobre Edom (II)
20. El profeta Jeremías sobre Edom (III)
21. El profeta Abdías sobre Edom (I)
22. El profeta Abdías sobre Edom (II)
23. El profeta Abdías sobre Edom (III)
24. El profeta Abdías sobre Edom (IV)
25. El profeta Ezequiel sobre Edom (I)
26. El profeta Ezequiel sobre Edom (II)
27. El profeta Ezequiel sobre Edom (III)
28. El profeta Ezequiel sobre Edom (IV)
29. El profeta Ezequiel sobre Edom (V)
30. El profeta Malaquías sobre Edom
31. Amalec el nieto de Esaú
32. Amalec pelea contra Israel
33. Sal a pelear contra Amalec
34. La mano alzada de Moisés
35. El cansancio en la batalla
36. Amalec deshecho pero no destruido
37. El pecado nos derrota frente a Amalec
38. El hombre sin temor de Dios
39. Coaliciones de enemigos contra Israel

40. Victorias iniciales sobre la carne
41. La victoria se consolida por la obediencia a la palabra
42. Obediencia imperfecta es desobediencia
43. La palabra corrige y desenmascara
44. Pienso que cumplo sin cumplir
45. Eludir nuestra propia responsabilidad
46. Obedecer es mejor que los sacrificios
47. Rebelión/adivinación y obstinación/idolatría
48. Reconocimiento del pecado sin arrepentimiento
49. El pecado no se borra con el tiempo
50. La muerte de Saúl a manos de un amalecita
51. Un descuido y Amalec arrasa con todo
52. La respuesta de David a Amalec
53. Las obras de la carne
54. La carne actúa sobre el cuerpo para muerte
55. Un comportamiento incomprensible
56. Un habitante interior opuesto al bien
57. Dos voluntades contrapuestas
58. El hallazgo de una ley mala
59. Un conflicto de leyes contradictorias
60. La liberación de un cuerpo de muerte

Nota: He usado la versión de la Biblia de las Américas (LBLA).

1

Introducción

Pelea la buena batalla de la fe (1 Timoteo 6:12).

Después del recorrido que hemos hecho por el capítulo 6 de la epístola a los Romanos, queremos ahora adentrarnos en una nueva serie que voy a llamar la lucha interior. Como creyentes tenemos una batalla que pelear. Una vez que la nueva vida se ha producido en nuestro interior, y la nueva naturaleza ha tomado lugar en nosotros, nos movemos en un conflicto entre dos naturalezas. Jesús también tiene dos naturalezas, una completamente humana, y otra totalmente divina. Como hombre encarnado fue tentado en todo según nuestra semejanza pero sin pecado, lo cual no quiere decir que no tuviera la posibilidad de caer. No lo hizo, venció el reclamo que la naturaleza humana hizo sobre sus apetitos carnales, sin embargo, como no había nacido en pecado, la única forma de caer era quedar atrapado en la tentación del diablo. Sabemos que Satanás lo hizo, tentó a Jesús en diferentes ocasiones, a veces con verdadera sutileza y persuasión, pero Jesús, el Hijo del Hombre, venció sobre todo principado y potestad, se levantó triunfante sobre la muerte y su poder, por ello es poderoso para socorrer a los que somos tentados. Para nosotros, Jesús es la garantía de superar toda tentación. Nuestra unión con él lo hace posible. Pero aún vivimos en un mundo caído, sujeto al pecado y sus consecuencias, por tanto, es posible ser desviados de la verdad, engañados del verdadero conocimiento y torcer el propósito de Dios en nuestras vidas. Tenemos una lucha interior con la vieja naturaleza, con el sistema de este mundo y sus reclamos, así como con el príncipe de la potestad del aire que sigue operando en los hijos de desobediencia. Eso hace que en ocasiones tengamos un conflicto que pretende movernos de nuestra firmeza, ser zarandeados, desviados y errar el blanco. La lucha comienza en el interior, en la vieja concupiscencia activada por el reclamo carnal, mundano y diabólico. En esta nueva serie veremos que la lucha está caracterizada ya en la misma familia de los patriarcas. Veremos el conflicto en la familia de Abraham con sus hijos Ismael e Isaac. También lo encontramos en el hogar de Isaac, en el mismo vientre de Rebeca, su mujer, cuando luchaban Esaú y Jacob. Muchas veces nuestra mayor batalla tiene que ver con nosotros mismos, se desarrolla en el interior de la persona. Experimentamos una lucha interior después de creer en el evangelio, por ello, lo abordaremos en las siguientes meditaciones.

Tenemos una batalla que pelear que no debemos ignorar. Comienza en nuestro propio interior. Debemos conocer sus términos para pelear y vencer.

Un hijo de la carne y otro de la promesa

Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la sierva y otro de la libre. Pero el hijo de la sierva nació según la carne, y el hijo de la libre por medio de la promesa (Gálatas 4:22-23).

La Escritura nos enseña de diversas formas la verdad revelada de Dios. En ella encontramos personajes que son tipo del Mesías. Hay parábolas, diversas figuras hermenéuticas; tenemos visiones, sueños, etc. El propósito principal es echar luz en la revelación de Dios, su Mesías, el evangelio y que podamos alcanzar el conocimiento necesario para conseguir hacer la voluntad de Dios en la tierra. El apóstol Pablo nos presenta en su carta a los Gálatas una analogía en la familia de Abraham y algunas verdades que trascienden el ámbito natural y hogareño. Pablo ve en el nacimiento de los dos hijos del patriarca una similitud entre el nacimiento carnal y el nacimiento por la promesa. Podríamos decir: el viejo hombre carnal nacido por voluntad humana, y el nuevo hombre nacido por la voluntad de Dios. Además nos presenta la lucha que se originó entre ellos. Ismael nació antes como resultado de una decisión humana, la de Sara y Abraham, por no esperar el tiempo de la promesa que Dios les había dado. Algunos años más tarde nació Isaac, el hijo de la promesa. Crecieron juntos, bajo el mismo techo. Pronto se manifestó la naturaleza distinta de cada uno. Ismael peleaba con Isaac, lo menospreciaba y le hacía la vida difícil. Cuando la madre se dio cuenta pidió a su marido que echara fuera a Ismael. Abraham se sintió profundamente apenado por semejante petición, pero Dios le dijo que escuchara a Sara. El patriarca tuvo que expulsar a su hijo Ismael del hogar a causa de la incompatibilidad con el hijo de la promesa. Este mismo conflicto se presenta en nuestras vidas cuando nacemos de nuevo. El viejo hombre carnal pelea contra el nuevo, –nacido del Espíritu–, se opone para que no hagamos lo que quisiéramos. La enseñanza de Pablo es que debemos hacer morir lo terrenal en nosotros. Debemos despojarnos del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos. Necesitamos la cruz de Cristo, –el lugar de la muerte del viejo hombre–, para que podamos vivir en novedad de vida. Esta es en esencia la enseñanza de gran parte de las epístolas del Nuevo Testamento. *Los que hemos muerto con Cristo, hemos crucificado la carne con sus pasiones y deseos, por lo cual, el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (Gá. 5:24; 6:14).

El nuevo hombre es resultado de la promesa de Dios, lleva la simiente de Dios y está diseñado para vencer echando fuera al viejo hombre carnal.

Nacidos para la libertad

Y vosotros, hermanos, como Isaac, sois hijos de la promesa. Pero así como entonces el que nació según la carne persiguió al que nació según el Espíritu, así también sucede ahora. Pero, ¿Qué dice la Escritura? Echa fuera a la sierva y a su hijo, pues el hijo de la sierva no será heredero con el hijo de la libre. Así, que hermanos, no somos hijos de la sierva, sino de la libre (Gálatas 4:28-31)

Cuando en la Escritura nos encontramos con una alegoría como la que vemos en la epístola de Gálatas, no todos sus extremos concuerdan perfectamente con la verdad que se expresa. De igual forma cuando un personaje bíblico decimos que es tipo del Mesías, como por ejemplo el rey David, no quiere decir que toda su vida exprese plenamente la realidad de Jesús. También en la analogía que estamos haciendo sobre el viejo y nuevo hombre, con la lucha interior resultante, no todos sus aspectos concuerdan perfectamente. Dicho esto para evitar malos entendidos, lo que quiero resaltar es la naturaleza de un hijo y otro. Ismael nació de la carne y para esclavitud; por su parte Isaac nació de la promesa, según el Espíritu de Dios, para vivir en libertad y ser el heredero. Nuestro nuevo hombre, resultante de la vida de Cristo en nosotros, ha nacido por el Espíritu, en libertad y para ser heredero de las promesas dadas por Dios. Pablo lo dice expresamente: "*Vosotros, hermanos, como Isaac, sois hijos de la promesa*". La nueva vida no es el resultado de nuestros esfuerzos, las buenas obras o el deseo de nuestros corazones; hemos nacido como consecuencia de una promesa dada por Dios. El profeta Isaías lo dice así: "*Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje... Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho*" (Isaías 53:10-11). La salvación está basada en una promesa hecha por Dios y realizada por Jesús. El autor de los Hebreos lo expresó de esta manera: "*He aquí yo he venido para hacer tu voluntad... Por esa voluntad hemos sido santificados*" (Hebreos 10:9,10). Entender esta verdad nos dará una posición idónea para vencer los engaños de la carne. Seremos perseguidos por el viejo hombre carnal, también por otras personas que viven bajo los parámetros del viejo hombre de pecado. El diablo viene a robar nuestra herencia, debemos resistirlo y no someternos al yugo de esclavitud. Por precio fuimos comprados, no nos hagamos esclavos de los hombres. Hemos recibido el Espíritu de Dios, no un espíritu de esclavitud, y por el Espíritu clamamos ¡Abba Padre!

Promesa, herencia y libertad en oposición a la carne, esclavitud y muerte. Ese es el contraste entre el nuevo hombre y el viejo, esa es la lucha que debemos afrontar desde nuestra nueva posición en Cristo.

Una lucha que divide desde las entrañas

... Y Rebeca su mujer concibió. Y los hijos luchaban dentro de ella; y ella dijo: Si esto es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar al Señor. Y el Señor le dijo: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor (Génesis 25:21-23).

Es paradójico que cuando una persona nace de nuevo, una de sus primeras experiencias, después del gozo de la salvación, es un conflicto interior. Aunque ha decidido vivir en santificación, abandonar el dominio del pecado mediante la fe en Jesús, eso no le exime de la batalla que acaba de comenzar. Es la batalla de la fe. Tenemos otra analogía en la vida de Rebeca, mujer de Isaac. Una vez casada con su marido, figura de Jesús, encuentra que es estéril. No hay fruto en su vientre. De esa necesidad surge un clamor que termina con la concepción de Rebeca. Pero pronto, a la alegría del alumbramiento, le sigue el conflicto de dos naturalezas distintas peleando en su ser interior. El conflicto fue tan grande en la vida de Rebeca, que incluso superó su inicial deseo de tener hijos. Muchos creyentes se preguntan en los primeros tiempos de la fe por qué tienen ahora más luchas que antes. ¿Cómo es posible que después del "alumbramiento" —nacer de nuevo— la lucha sea más intensa que cuando no era cristiano? Rebeca se dijo: "*si esto es así, ¿para qué vivo yo?*". Hay un periodo de interrogantes sin resolver, pero superado el tiempo de la prueba, llega el conocimiento de lo que está pasando. Rebeca fue a consultar al Señor y la respuesta que le dio seguramente fue inesperada: "*Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor*". Una misma persona con dos naturalezas bien distintas la una de la otra. Cada una de ellas tiene el poder de desarrollarse y crecer, pero una tendrá el dominio sobre la otra. Es lo que vimos en el capítulo 6 de Romanos. Hemos salido del dominio del pecado y entrado a la esfera de la gracia; sin embargo, debemos disponer nuestros miembros para servir a la justicia. Dios le dijo a Rebeca: "*el mayor servirá al menor*". La naturaleza carnal es anterior y en su origen más fuerte que la espiritual. El reino de Dios comienza en nosotros siendo la menor de las semillas, pero luego crece y se hace grande. Esa es la voluntad de Dios para el nuevo hombre, que crezca y la vida en el Espíritu tenga el predominio en nuestras vidas. Por tanto, el mayor servirá al menor.

La lucha interior comienza pronto en nosotros una vez que hemos concebido la vida de Dios.

Cazador y pacífico

Los niños crecieron, y Esaú llegó a ser diestro cazador, hombre del campo; pero Jacob era hombre pacífico, que habitaba en tiendas (Génesis 25:27)

Hemos dicho en un capítulo anterior que en la Escritura hay una diversidad de figuras, símbolos, tipos, parábolas, hipérboles y tantas otras figuras retóricas, además de que podemos sacar enseñanzas múltiples de episodios históricos y aprender de la biografía de los hombres de Dios que llenan el contenido bíblico. Nosotros no queremos espiritualizar demasiado, aunque encontramos verdades escondidas detrás de realidades físicas, pero en este caso, creo que podemos, sin retorcer la Escritura, ver una analogía en los dos hijos de Rebeca. Curiosamente, Esaú se dio a la caza, era un hombre cazador, vigoroso, —Nimrod también lo fue—, con iniciativa propia, dispuesto a aceptar desafíos apoyado en sus habilidades. Por su parte Jacob se nos presenta como un hombre pacífico, casero, que habitaba en tiendas. Me recuerdan a Marta y María. La primera siempre dispuesta a la acción práctica, la segunda a la meditación. También recuerdo una de las bienaventuranzas: "*Bienaventurados los pacificadores*". Pues bien, el hombre carnal siempre está dispuesto a la acción, tiene iniciativas propias, se siente fuerte la mayor parte de las veces y desarrolla múltiples proyectos fundamentados en la fuerza de su personalidad y carácter. Por su parte el hombre espiritual, el que ha nacido de Dios tiende a la contemplación, la meditación, el recogimiento, la espiritualidad. Aunque ello no excluye la acción, pero siempre manifestando dependencia a ser guiado y dependiente. La Biblia nos dice: *Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne*. El hombre nuevo sabe que depende de la dirección del Espíritu, de la guía del Espíritu, de ser llevado por el Espíritu. De lo contrario sabe que puede equivocarse, extraviarse o ser engañado. Isaac y Rebeca tenían en su casa la manifestación diversa de sus hijos. Ambos eran queridos por uno de los cónyuges. Isaac amaba a Esaú porque le gustaba lo que cazaba, pero Rebeca amaba a Jacob (Gn. 25:28). Ya he dicho que no todo encaja cuando hacemos interpretaciones espirituales de personajes bíblicos, pero creo que nos puede servir para echar luz sobre la lucha que muchas veces experimentamos en nuestro interior como hijos de Dios. En una misma casa, la de los patriarcas, ya existía esta tensión. Tenemos también este conflicto en nuestro desarrollo como cristianos, es consustancial a la vida recibida.

Dentro de nosotros mismos albergamos un cazador/depredador, y un pacífico/contemplativo. El crecimiento de ambos dependerá de su alimentación.

A Jacob amé mas a Esaú aborrecí

Tal como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Romanos 9:13).

Esaú es un tipo o figura de la naturaleza carnal. En la Biblia uno de sus descendientes, Amalec, encarna la naturaleza pecaminosa y carnal en oposición a Dios y su pueblo. Después de Isaac, —el hijo de la promesa—, tenemos un desdoblamiento en dos hijos más, el mayor, Esaú, tipo como decimos de la naturaleza opuesta a Dios, menospreciador de los dones de Dios; y por otro lado encontramos a Jacob, que en un proceso transformador llega a ser el heredero de las promesas dadas a Abraham. En todo este proceso vemos la soberanía de Dios actuando en la vida de diversas personas. Una expresión como la del texto que nos ocupa es chocante a la mente natural. El apóstol nos trae aquí las palabras del profeta Malaquías: *"Profecía de la palabra del Señor a Israel por medio de Malaquías. Yo os he amado —dice el Señor—. Pero vosotros decís: ¿En qué nos has amado? ¿No era Esaú hermano de Jacob? —declara el Señor—. Sin embargo, yo amé a Jacob, y aborrecí a Esaú, e hice de sus montes desolación, y di su heredad a los chacales del desierto. Aunque Edom dice: Hemos sido destruidos, pero volveremos y edificaremos las ruinas, el Señor de los ejércitos dice así: Ellos edificarán, pero yo destruiré. Y los llamarán territorio impío y pueblo contra quien el Señor está indignado para siempre"* (Malaquías 1:1-4). Sin hacer una exégesis amplia del texto, podemos ver aquí que la naturaleza de Esaú es resistir la voluntad de Dios, oponerse a ella. El breve libro del profeta Abdías menciona el juicio de Dios sobre Edom, es decir, Esaú, por la violencia que llevó a cabo contra su hermano Jacob (Abdías 10), y porque se alegró el día de su juicio (Abdías 12). Por su parte Pablo no elude el conflicto planteado ante expresión tan llamativa y lo desarrolla hasta donde es posible. Su argumento es este —y yo no pienso añadir ni quitar nada—: *"¿Qué diremos entonces? ¿Qué hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera! Porque El dice a Moisés: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y tendré compasión del que yo tenga compasión. Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia... Me dirás entonces: ¿Por qué, pues, todavía reprocha Dios? Porque ¿quién resiste a su voluntad?"* (Ro.9:14-19). Luego habla de vasos de ira y vasos de misericordia preparados para usos diversos. En el tema que nos ocupa podemos decir: *"Que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios"* (1 Co.15:50).

Los que viven según la carne (Esaú) no pueden agradar a Dios.

Una naturaleza menospreciadora

*Pero Jacob le dijo: Véndeme primero tu primogenitura. Y Esaú dijo: He aquí, estoy a punto de morir, ¿de qué me sirve, pues, la primogenitura? Y Jacob dijo: Júramelo primero; y él se lo juró, y vendió su primogenitura a Jacob. Entonces Jacob dio a Esaú pan y guisado de lentejas; y él comió y bebió, se levantó y se fue. **Así menospreció Esaú la primogenitura** (Génesis 25:31-34).*

El hombre carnal menosprecia los privilegios del hombre espiritual. Se mofa de la herencia celestial porque su mirada está puesta en las cosas terrenales. Todo su pensamiento está orientado hacia los apetitos de la carne. Sus deseos más íntimos se dirigen hacia lo instantáneo, sin ver más allá de su necesidad actual. Eso fue lo que hizo Esaú. Cada uno de nosotros llevamos dentro un menospreciador. La naturaleza menospreciadora muestra poco aprecio y estima hacia uno mismo o hacia los demás. En su origen primario procede de aquel que menospreció su posición original y quiso ser semejante a Dios. Los ángeles caídos no guardaron su dignidad, la abandonaron menospreciándola (Judas 6) y rebelándose contra la soberanía de Dios. De esa rebelión hemos bebido todos los hombres al introducirse la naturaleza de pecado. Dios la aborrece. La historia posterior de los hijos de Isaac y Rebeca muestra que Esaú vivió para menospreciar a Jacob, perseguirlo y hacerle la vida difícil. La primogenitura era el derecho del hijo mayor a la herencia familiar. El hombre carnal menosprecia las realidades espirituales, tiene su mente puesta en las cosas de la tierra, solo le importa lo material: comer, beber, comprar, vender. Fue la característica de las generaciones de Noé y Lot. Esaú menospreció la primogenitura, aunque luego quiso recuperarla, incluso con lágrimas, pero ya no hubo oportunidad. El menosprecio nos puede llevar a un punto irreversible de condenación. Si menospreciamos la sangre del nuevo pacto, y la tenemos por inmunda, pisoteándola, ya no queda más que una horrenda expectación de juicio que ha de consumir. El hombre carnal se identifica por su menosprecio hacia los beneficios de Dios: la gracia, el perdón y la misericordia. Menosprecia también todo aquello en lo que no está involucrado. El egoísmo galopante que vivimos hoy hace que solo nos ocupemos de lo nuestro y aquello que está vinculado con nosotros. Todo lo demás no nos interesa. Nuestra sociedad está diseñada por intereses. Podemos ser atrapados por el Esaú que anida en nuestro interior, –el viejo hombre–, y menospreciar o descuidar una salvación tan grande (Hebreos 2:3).

La lucha interior puede llevarnos al menosprecio de la herencia eterna si solo tenemos nuestra mirada puesta en lo terrenal.

La elección de mujer

*Cuando Esaú tenía cuarenta años, se casó con Judit, hija de Beerí hitita, y con Basemat, hija de Elón hitita; y **ellas hicieron la vida insoportable para Isaac y Rebeca** (Génesis 26:34-35).*

El hombre carnal no tiene en cuenta a Dios para elegir mujer con quién emparentarse. El apóstol nos ha dejado la máxima: *"No os unáis en yugo desigual con los incrédulos"*, porque la concordia no será posible. Pretender la paz familiar uniéndose a mujeres idólatras no es posible. Escoger mujer por iniciativa propia sin el consentimiento de los padres puede resultar perturbador. Esaú tenía cuarenta años, podía haber escogido mujer de otra forma, pero lo hizo llevado por las pasiones desordenadas de los incrédulos. Sabiendo que sería dañino para sus padres no le importó. Aquí no se trata de caprichos afectivos, ni de intereses económicos, tampoco de romanticismo de serie televisiva. La naturaleza de Esaú le lleva a escoger mujer de forma contraria a la voluntad de Dios. Sus padres son portadores de la bendición del Eterno, herederos de la promesa dada a Abraham y su descendencia, por ello unirse a mujeres idólatras era contrario al deseo de sus padres. El desarrollo del carácter de Esaú le condujo a un deterioro progresivo en todas sus iniciativas. Así es el proceso del hombre carnal cuando domina nuestras decisiones. Dios lo aborrece. La decisión de Esaú, —mayor de edad—, para escoger mujer, hizo la vida de sus padres insoportable. Emparentó con el pueblo hitita, un pueblo originario de Anatolia, —la actual Turquía —, que seguramente ofrecía a los ojos de la carne un futuro más esperanzador que vivir aferrado a la fe de los padres. De esta forma, la vida de Esaú se alejaba más y más del Dios de Abraham y su herencia. Incluso cuando vio que su hermano Jacob obedecía a sus progenitores marchando a la casa de su madre para emparentar con ellos (Gn. 28:1-7), —porque no querían que su hijo se casara con cananeas—, cuando Esaú vio que eso desagradaba a sus padres, fue y tomó más mujeres de entre las familias cananeas, emparentadas con Ismael (Gn. 28:8,9). Nuestra sociedad actual, —incluidos muchos creyentes—, se deja arrastrar por las corrientes de pensamientos mundanos en lugar de seguir las instrucciones divinas a la hora de escoger cónyuge para formar una familia. No deberíamos tomar a la ligera decisión tan trascendente y guiar a nuestros hijos según la enseñanza del reino de Dios. El hombre carnal se resiste poniendo rumbo a la idolatría y los deseos de sus ojos; por su parte el espiritual se guiará por la voluntad de Dios y el consejo de sus padres.

Debemos saber que habrá conflictos si tomamos decisiones equivocadas en un asunto tan relevante como formar un hogar.

Por tu espada vivirás

Por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás; mas acontecerá que cuando te impacientes, arrancarás su yugo de tu cerviz (Génesis 27:40).

El hombre carnal tiene la fortaleza en sus propios recursos. Sabe que depende de él mismo, por ello todo su intento es perfeccionar sus habilidades, destreza, recursos y posibilidades. Está orientado hacia su pericia natural. Puede mantener las ceremonias religiosas tradicionales y culturales, pero solo serán eso, tradición de hombres alejadas de la revelación de Dios. Puede incluir en su vida la dimensión religiosa, pero él mismo será su gobernador. *"Por tu espada vivirás"*. Necesitará la violencia para imponer sus criterios y conseguir sus metas. Tendrá que manipular y engañar en los negocios porque de otra forma no conseguirá los objetivos marcados. Forcejeará con muchos para abrirse camino. Meterá codos y zancadillas con el fin de alcanzar sus objetivos. Sabe que sin la fuerza de su voluntad y la destreza de sus manos no puede llegar a las metas establecidas. Por tanto, desgastará sus fuerzas hasta que las consuma. Llegará al agotamiento y no tendrá reposo porque el descanso viene por la fe en aquel que es más fuerte, el Fuerte de Jacob. Este es el mensaje de la Escritura para el hombre espiritual: *"No es con espada, ni con ejércitos, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor de los ejércitos"*. *"No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia"*. *"Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican"*. *"Fíate del Señor, de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento, reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas"*. No hablamos de pasividad, ni misticismo paralizante. Hablamos de la lucha interior que todos nosotros mantenemos entre nuestros propios recursos humanos y los del hombre renacido. Pablo dijo: *"Ya no vivo yo, más vive Cristo en mí. Y lo que ahora vivo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios"*. No creo que podamos acusar al apóstol de falta de actividad. Él dijo: *"He trabajado mucho más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo"*. Por tanto, el Esaú que anida en nuestro interior pretende vivir por la espada y la violencia. Ese fue el sello de la Inquisición. Una cruz invertida se convierte en espada en manos del hombre carnal. Pero la cruz de Jesús en nuestros corazones nos da la fuerza para sobreponernos a nuestra debilidad, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. Nuestra competencia procede de Dios.

Esaú vive por la espada pero sirve a Jacob. El hombre carnal pretende el dominio pero debe rendirse al poder de la resurrección del hombre nuevo.

El rencor quiere matar

*Esaú, pues, **guardó rencor a Jacob a causa de la bendición con que su padre lo había bendecido; y Esaú se dijo: Los días de luto por mi padre están cerca; entonces **mataré a mi hermano Jacob**** (Génesis 27:41).*

Alguna razón podía haber tenido Esaú para aborrecer a su hermano, aunque él mismo había menospreciado la primogenitura. El menospreciador nunca tiene en cuenta las consecuencias de sus actos. Se alimenta de rencor dirigido a matar. El rencor mata. Está en su ADN. El resentimiento primeramente destruye la salud interior de uno mismo, luego quiere alargar su extenso brazo para alcanzar a todo aquel que vea como objeto de su aflicción. Nunca piensa en la responsabilidad que pueda haber contraído él mismo. Está orientado a buscar culpables de sus desdichas, sin reparar en ningún momento que pudiera haberlas atraído él mismo, o al menos ser parte de ellas. Esaú quedó ciego de rencor cuando supo que le habían suplantado en la primogenitura. Cuando se sintió engañado no podía recordar que él mismo la había menospreciado. El corazón malo nunca recuerda sus propias acciones pecaminosas, solo ve enemigos que le han robado lo que un día desestimó. Ahora es dominado por el deseo de matar, aunque sea a su propio hermano. El rencor ciega y apaga los afectos naturales. Y toda esta lucha forma parte de nuestro conflicto interior. Cuando vemos que Dios ha bendecido a otros hermanos más que a nosotros, podemos quedar atrapados en la envidia y el resentimiento de sentirnos despreciados, aunque el Señor nos haya dado distintos dones y funciones que complementan la familia de la fe. Formamos parte de un mismo cuerpo, y en el cuerpo hay diversidad. Si el rencor está presente no podremos aceptar, ni reconocer, la función de otros, nos ciega la soberbia de no estar contentos con lo que hemos recibido. Queremos la función del otro, pensamos que somos tratados injustamente por Dios, no aceptamos su soberanía, sino que buscamos poner tropiezos y estorbar el bienestar del prójimo. Hemos dado lugar al diablo. El diablo viene a matar. No seamos condescendientes ni contemplativos ante el levantamiento de Esaú. Necesitamos huir. Jacob tuvo que huir de su hermano, separarse de él. Eran incompatibles. Esaú no pensaba en el arrepentimiento sino en la oportunidad favorable para matar a Jacob. Cuando la destrucción del hombre nuevo está en juego debemos huir lejos, a Harán.

La lucha interior puede llevarnos al extremo de odiarnos a nosotros mismos y pretender nuestra propia muerte, llevados por el rencor de Esaú.

Consuelo con la idea de matar

*Cuando las palabras de Esaú, su hijo mayor, le fueron comunicadas a Rebeca, envió a llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: Mira, en cuanto a ti, tu hermano Esaú **se consuela con la idea de matarte** (Génesis 27:42).*

Amán se consoló con la idea de matar, no solo a Mardoqueo, sino a todo el pueblo de Israel. La naturaleza de Esaú estaba operando. Hitler se consolaba con la idea de matar a todos los judíos para dar satisfacción a su antisemitismo desbocado. Esaú estaba actuando. Hay maridos que se consuelan con la idea de matar a sus mujeres, algunos lo consiguen, pensando que eso pondrá fin a sus desdichas o calmará su odio. Allí tenemos a Esaú en acción. Saúl se consolaba con la idea de matar a David y poner fin al menosprecio que supuso el cántico de las mujeres que le dieron a él miles y a David diez miles. Esaú estaba actuando. Cuando una mujer se consuela con la idea de matar a su hijo en el seno materno, allí está Esaú operando. Este tipo de consolación se ha repetido en la historia del hombre desde que Caín mató a Abel. Las guerras fratricidas vienen a ser un deseo de reponer nuestra voluntad sobre la de aquellos que no piensan como nosotros. Eso fue lo que ocurrió en la guerra civil española y que algunos han pretendido reavivar no hace mucho. Allí está la simiente de Esaú. Simiente heredada de la naturaleza pecaminosa que brotó en aquel querubín caído. Algunos judíos quisieron matar a Jesús, y a la vez pretendían ser hijos de Abraham. El Maestro descubrió la naturaleza verdadera de sus intenciones. *"Sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no se ha mantenido en la verdad porque no hay verdad en él"*. Allí estaba la simiente de Esaú. No hay verdad alguna en la idea de consolarse con la muerte de tu prójimo, lo que hay es una naturaleza mala, opuesta a Dios, que Él aborrece, y de la que debemos huir. Rebeca, madre de Esaú y Jacob, aconseja a su hijo menor huir. El consejo es este: *"Ahora, pues, hijo mío, obedece mi voz: levántate y huye a Harán, a casa de mi hermano Labán. Y quédate con él algunos días hasta que se calme el furor de tu hermano; hasta que la ira de tu hermano contra ti se calme, y olvide lo que le hiciste. Entonces enviaré y te traeré de allá. ¿Por qué he de sufrir la pérdida de vosotros dos en un mismo día?"* (Gn. 27:43-45). Y Jacob obedeció a su madre, reconociendo en ella la voz de Dios para salvar su vida. *"...No dejes la enseñanza de tu madre"* (Pr.6:20).

Si el consuelo es matar, la naturaleza que está operando es la de Esaú.

El temor a Esaú

*Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque **yo le tengo miedo**, no sea que venga y me hiera a mí y a las madres con los hijos* (Génesis 32:11).

Esaú es un tipo de la vida carnal, el hombre viejo, el que se opone a Dios y sus designios. Es enemistad contra Dios. No puede agradarle. Dios aborrece a Esaú. Nosotros también debemos aborrecer *"la ropa contaminada por su carne"* (Jud.23). Esaú menosprecia la herencia de Dios, se une con la idolatría a través de matrimonios con mujeres idólatras; trae dolor a la casa de sus padres por la desobediencia; es violento y vive por su espada, –de sus propios recursos carnales–; le puede el rencor al sentirse engañado por su hermano, aunque antes él mismo ha menospreciado la primogenitura, y se consuela con el deseo de matarle para satisfacer sus apetitos homicidas. Todo ello hace que su hermano huya de su presencia y ahora le atemorice volver a encontrarse con él. Jacob, por su parte, ha estado muchos años lejos del hogar, ha tenido que vivir apartado, huir de su familia para quedar lejos del alcance homicida. Ha vivido como extranjero y ha experimentado una transformación de su carácter que le hace muy distinto a la persona que era cuando partió de su casa. Podemos vivir un tiempo lejos del poder del hombre carnal, pero llegará el día cuando tendremos que volver a encontrarnos con él. Ese día, como Jacob, habremos aprendido a temerle, no por miedo a su persona, sino por no fiarnos de nosotros mismos. Buscaremos a Dios con todo nuestro corazón para que nos libre de Esaú y podamos prevalecer sobre la carne. La lucha interior será fuerte un tiempo, pero llega el día cuando la transformación de Jacob, –no la de Esaú–, nos colocará en posición de superar a este enemigo constante. Podemos avanzar hacia la heredad pero no evitaremos otros peligros y conflictos; tendremos cerca a Esaú rondando por el territorio donde nos movemos, pero hemos aprendido a buscar a Dios, levantar su altar, depender de su gracia y soberanía. Temer a Esaú nos quiere enseñar que siempre estaremos en situación de encontrarnos con el viejo hombre, aprendiendo que el temor de Dios nos libraré de todo temor de hombres. La vida de oración será una necesidad vital para encontrar recursos espirituales y vencer, sin caer en la tentación. *"Velad y orad para que no entréis en tentación. A la verdad, el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil"*.

El proceso de lucha interior que representan Esaú y Jacob nos debe conducir al temor de Dios para vivir lejos del temor del hombre.

Vidas paralelas

Estas son las generaciones de Esaú, es decir Edom. Esaú tomó sus mujeres de las hijas de Canaán... Y habitó Esaú en la región montañosa de Seir; Esaú es Edom... (Génesis 36:1,2,8).

En la Biblia tenemos la historia de la salvación. Ese proceso histórico tiene lugar en el seno de una familia: Abraham y Sara; en la la formación de un pueblo: Israel; y una tierra: Eretz Israel, donde se cumplen los propósitos de Dios para revelar a Su Hijo y traer salvación a todas las familias y naciones de la tierra. Los autores bíblicos, coordinados por el Espíritu Santo, van siguiendo la descendencia o simiente de Abraham hasta desembocar en el cumplimiento del tiempo, el advenimiento del Mesías y el plan de redención manifestado a través del evangelio para luz de todas las naciones. En la familia de Abraham y Sara también hay otros descendientes que no son parte de la promesa de Dios. Uno de los más relevantes es Esaú (nieto de Abraham), que va a vivir separado de su hermano Jacob, pero lo suficientemente cerca para manifestar una naturaleza opuesta al portador de las promesas. Jacob y Esaú son vidas paralelas en gran parte de la Escritura. Opuestos entre sí. Enemigos. Con intereses distintos. La soberanía de Dios los ha separado. Ambos reciben herencia. Esaú recibió el monte de Seir. En el capítulo 36 de Génesis se nos da su genealogía. También se llama Edom, que significa rojizo, el color del guisado por el que menospreció la primogenitura (Gn.25:30,31). Tomó mujeres idólatras de las hijas de Canaán. En todo ello vemos una naturaleza opuesta a la voluntad de Dios. Pues bien, el rencor de Edom hacia Jacob se perpetuó en sus descendientes. Sus hijos heredaron el pecado de su padre y se afirmaron en él. Encontramos los descendientes de Esaú, el reino de Edom, en muchos momentos de la historia del pueblo de Israel. Los profetas de Israel pronunciaron el juicio de Dios sobre Esaú, que finalmente desapareció de la historia, aunque su naturaleza de odio a Israel se ha mantenido en otros pueblos vecinos que han vivido cerca de Israel. El espíritu de Esaú ha llegado hasta nuestros días, lo encontramos en dos vertientes, una física, contra la restauración de Israel en su tierra; y otra espiritual, contra la iglesia de Dios para impedir el avance del evangelio a las naciones. Haremos un recorrido del desarrollo del carácter de Esaú en próximas meditaciones.

Israel tuvo y tiene un Esaú opuesto a su restauración. La iglesia lo tiene en el hombre carnal, opuesto a ser transformado a la semejanza de Cristo.

El reino y los reyes de Edom

Estos son los reyes que reinaron en la tierra de Edom, antes de que rey alguno reinara sobre los hijos de Israel... Estos son los jefes de Edom, es decir, Esaú, padre de los edomitas, según sus moradas en la tierra de su posesión (Génesis 31,43).

Si Esaú representa el reinado de la carne, en este texto vemos que es anterior al reinado davídico. Esaú fue reino antes que Israel. Nacemos bajo el gobierno de un rey edomita, hijo de la carne, y necesitamos un traslado al reino de Su amado Hijo Jesús. Es lo que nos dice el apóstol de los gentiles en Colosenses 1:13. Esaú está opuesto a Dios pero mantiene un reino. Dios le permitió poseer el monte Seir, donde se establecieron de manera inexpugnable hasta la caída del juicio de Dios. Se dice que Petra, la ciudad jordana, famosa por su excavación en la roca, formaba parte del reino de Edom. Creyeron ver en ella una fortaleza inexpugnable, lo cual les hizo soberbios de tal forma que pensaron que ni el Dios de Israel podría derribarlos. *"La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que habitas en las hendiduras de la peña, en las alturas de tu morada; que dices en tu corazón: ¿Quién me derribará por tierra? Aunque te remontes como el águila, y aunque entre las estrellas pongas tu nido, de allí te derribaré, declara el Señor"* (Abdías 3,4). Edom ya era reino cuando Israel iba de camino a heredar la promesa de la tierra de Canaán. Moisés envió mensajeros al rey de Edom para que pudieran pasar por su territorio, pagando los gastos ocasionados, pero no se lo permitieron. La naturaleza de Esaú se impuso: *"Por tu espada vivirás"* (Gn. 27:40). La violencia y falta de compasión era su hábitat natural. No permitió a Israel pasar por su tierra, por lo que tuvieron que dar un gran rodeo (Núm. 20:14-21). Mantuvo el enojo, el rencor y la violencia. Habían pasado muchos años desde la enemistad de Esaú hacia Jacob, pero el rencor seguía vivo en sus descendientes. No hay reconciliación posible entre la carne y el Espíritu. Estos se oponen entre sí. La historia de Israel nos muestra también que en ciertas ocasiones se dejaron contaminar por las formas, hábitos y sistemas de la naturaleza de Esaú. Llegado el momento pidieron un rey para ser igual que las naciones vecinas. De la misma manera, los creyentes carnales dejan que gobierne sus vidas las pasiones de la carne. La historia de la iglesia no es mejor que la historia de Israel. Ambas tienen aspectos comunes. Los gálatas comenzaron por el Espíritu, tras la predicación de Pablo, y se volvieron a los viejos rudimentos de la naturaleza edomita.

El hombre nuevo pertenece al reino de Dios y no debe imitar a Esaú.

Los enemigos de Israel

Hacen planes astutos contra tu pueblo, y juntos conspiran contra tus protegidos. Han dicho: Venid, y destruyámoslos como nación, para que ya no haya memoria del nombre de Israel. Porque de corazón han conspirado a una; hacen pacto contra ti: las tiendas de Edom y de los ismaelitas... y Amalec (Salmos 83:3-7).

La Biblia tiene dos planos, uno físico y otro espiritual. Hay dos tipos de batalla, una física, que vivió y vive de forma literal Israel; y otra espiritual en la que combate la iglesia del Señor. Hay una Jerusalén terrenal y otra celestial. Una tierra física donde Dios establece su lugar de manifestación en el templo, y otra en el plano espiritual por el Espíritu de Dios. Las dos se complementan, forman parte del mismo propósito de Dios en dos vertientes: una física y otra espiritual. Israel tiene enemigos físicos: las naciones que la rodean. La iglesia tiene enemigos espirituales que operan a través del ámbito natural. Las armas de Israel han sido y son armas convencionales, las de la iglesia son armas espirituales para luchar en el ámbito del Espíritu. Estas dos verdades las tenemos por toda la Escritura. Israel tuvo enemigos, y los tiene, que quieren destruirla, conspiran contra ella, quieren borrar su nombre del mapa, es una espina en un territorio dominado por el Islam a día de hoy. En el salmo 83 encontramos una serie de naciones que tienen un propósito común: la destrucción de Israel. A la cabeza de esas naciones se encuentra Edom y los ismaelitas, ambos descendientes de Abraham, hijos de la carne, no de la promesa ni de la elección soberana de Dios. Curiosamente todas las naciones mencionadas en este salmo tienen hoy algo en común: son musulmanas y enemigas de Israel. Tienen, a pesar de sus múltiples divisiones y rivalidades, un factor común: su odio a Israel. La iglesia ha cometido históricamente un error grave, ha pensado que los enemigos de Israel no tienen nada que ver con ella. Sin embargo, si somos descendientes de Abraham por la fe en el Mesías, compartimos una misma herencia, una misma esperanza y también un enemigo común. El diablo ha venido a matar, robar y destruir, y lo hace a través de la descendencia de Esaú, de los ismaelitas o los amalecitas, una naturaleza opuesta a la voluntad de Dios; "*hijos de ira*", diría Pablo. Todos nosotros hemos heredado esa naturaleza, pero en Cristo hemos sido regenerados. Ahora somos injertados en Israel, sus pactos y promesas, por tanto, compartimos enemigos, los enemigos de la voluntad de Dios en la tierra.

Los enemigos de Israel son también los nuestros. Usemos las armas espirituales para combatir a favor del advenimiento del reino mesiánico.

Las obras de la carne de Edom

Así dice el Señor: Por tres transgresiones de Edom, y por cuatro, no revocaré su castigo, porque con espada persiguió a su hermano, y suprimió su compasión; su ira continuo despedazando y mantuvo su furor para siempre (Amós 1:11-12)

El profeta Amós es uno de los diversos profetas de Israel que emiten el juicio de Dios contra Edom. En este pasaje podemos ver algunas de las características de la naturaleza pecaminosa de este pueblo. El carácter violento, dedicado a la guerra, sin compasión, lleno de ira perpetua y un furor para siempre. Enemigos todos ellos con los que cada ser humano tiene que combatir en algún momento de nuestra historia. Pablo enseña en sus cartas que debemos alejarnos de nuestra vieja manera de vivir, cuando andábamos en la vanidad de nuestra mente, entenebrecido el entendimiento, excluidos de la vida de Dios, endurecidos de corazón, insensibles, entregados a la sensualidad, hablando mentiras, robando, saliendo de nuestra boca palabras corrompidas, dando lugar al diablo, resistiendo al Espíritu (Efesios 4:17-30). Y culmina con esto: *"Sea quitada de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritos, maledicencia, así como toda malicia"* (Ef.4:31). Aquí tenemos la misma naturaleza de Esaú/Edom. El profeta Amós nos dice que Dios no tolerará más el pecado de Edom y envía su juicio para depurarlo. Los apóstoles han anunciado el juicio de Dios sobre el hombre caído, su muerte en la cruz del Calvario. Y los que andan según la carne no pueden agradar a Dios; la mente puesta en la carne es muerte (Ro.8:8,6). Esaú dirigió su maldad hacia su hermano Israel. Buscó en sus parientes el objeto de su ira y el destino de su furor, ¿por qué? porque anidaba en su corazón la amargura ancestral heredada de los padres. La ira y el odio acumulado por generaciones, en familias o pueblos, dan lugar a manifestaciones de violencia inusitada en ciertos momentos. Lo vemos hoy en el enfrentamiento árabe-israelí; lo vemos en el odio nacionalista y separatista; lo vemos en las rivalidades étnicas y el odio al extranjero, lo estamos viendo en Ucrania. Edom está muy cerca de nosotros. Esaú ha invadido nuestro corazón con su falta de compasión. Estamos atrapados en amarguras hereditarias que engendran contaminación por donde quiera que pasan. Necesitamos la voz del profeta y el apóstol para emitir el juicio contra Edom, –el viejo hombre–, y vestirnos del nuevo por la resurrección de Jesús, el postrer Adán.

Despojémonos del viejo Esaú, y vistámonos del nuevo hombre creado en Cristo en justicia y santidad de la verdad.

El juicio de Dios sobre Edom

Porque mi espada está embriagada en el cielo, he aquí, descenderá para hacer juicio sobre Edom y sobre el pueblo que yo he dedicado a la destrucción. La espada del Señor está llena de sangre... porque el Señor tiene un sacrificio en Bosra, y una matanza en la tierra de Edom (Isaías 34:6).

"Esta establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio" (Hebreos 9:27). La Biblia no es un compendio de palabras bonitas nada más. En sus páginas encontramos la revelación de Dios y su carácter. Dios es misericordioso, pero no tendrá por inocente al culpable. Hay un día fijado en el cuál Dios juzgará a todos los hombres y todas las naciones, por medio de un Hombre a quien ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres al resucitarle de entre los muertos (Hch.17:30-31). Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo y seremos juzgados conforme a "*mi evangelio*", decía Pablo (Ro.2:16). Hay un día señalado para el juicio a las naciones también. Los profetas de Israel lo anunciaron una y otra vez. Hoy preferimos ignorarlos y quedarnos con los mensajes aguados de predicadores de pensamiento positivo. Pero está escrito que "*tenemos la palabra profética más segura, a la cual debemos estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro*". No podemos escoger de la Escritura los pasajes que nos hacen sentir bien para realizar nuestros "sueños", y olvidar las advertencias proféticas que nos hablan de nuestro engañoso corazón. El profeta Isaías dice que la espada del Señor está llena de sangre, el Señor tiene un sacrificio en Bosra, una de las ciudades importantes del reino de Edom. En la tierra de Edom habría una gran matanza. El reino de Edom quedaría destruido por completo y toda clase de animales harían su morada en él. Juan revela en Apocalipsis el día de la ira de Dios y del Cordero. La llegada del reino mesiánico establecerá la justicia en la tierra. Las naciones y sus reyes quedarán expuestos ante su maldad, y Dios juzgará toda obra de la carne. La naturaleza pecaminosa de Esaú está destinada para el fuego. Tiene fecha de caducidad. La sangre de los mártires será juzgada. La sangre de los inocentes clama delante del trono de Dios, como lo hizo la sangre de Abel. La paga del pecado es muerte. Todo lo que el hombre siembra eso siega. Todos aquellos que viven según la carne, entregados a pasiones desordenadas, esclavos de deleites diversos, que tienen apariencia de piedad pero niegan su eficacia, serán entregados a la espada del Señor. Jesús dijo: "*la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*"

Hay un día para el juicio de Edom y todos los que viven en su tierra, como hay un día cuando el lucero de la mañana aparezca en nuestros corazones y nos gozaremos con gozo inefable y glorioso.

El profeta Jeremías sobre Edom (I)

Por tanto, oíd el plan [«consejo» RV60] que el Señor ha trazado contra Edom, y los designios que ha decretado contra los habitantes de Temán... (Jeremías 49:20).

Los profetas de Israel hablaron de parte del Dios de Israel. Su palabra es eterna. Permanece en los cielos para siempre y es enviada a la tierra para cumplir el propósito para el cuál ha sido enviada. Mucho del mensaje de los profetas era dirigido al pueblo de Israel, el pueblo del pacto y las promesas, pero también profetizaron sobre las naciones vecinas emitiendo sus juicios. No era el juicio del profeta, era y son el consejo decretado en el trono de Dios. Ese consejo tiene que ver en muchos casos con un juicio decretado sobre diversas naciones y pueblos. En este capítulo del profeta Jeremías hay un juicio sobre el pueblo de Edom, es decir, Esaú o el monte Seir. La profecía bíblica, en sentido general, contiene al menos dos dimensiones de interpretación, una literal y física que no debemos olvidar, y otra espiritual que tiene un alcance más amplio, aunque en ningún caso se opongan la una a la otra, sino que se complementan. En el tema que estamos tratando no debemos ignorar el sentido literal de la profecía, aunque vayamos más allá y veamos en la analogía de Jacob y Esaú un conflicto interno que surge en el mismo seno familiar. Dicho esto, debemos saber que Dios decretó un juicio sobre Edom y las ciudades más importantes de su territorio como eran Temán, Dedán y Bosra. Me paro sobre la de Temán porque era reconocida como una ciudad con habitantes sabios, aunque en este tiempo habían perdido la sabiduría. *¿No hay sabiduría en Temán? ¿Se ha perdido el consejo de los prudentes? ¿Se ha corrompido su sabiduría?* (Jer. 49:7). Precisamente uno de los «amigos» de Job (Elifaz temanita) venía de esta ciudad (Job 2:11). Pues bien, esta sabiduría carnal, procedente de los descendientes de Esaú, tiene un alcance temporal y perecedero. La sabiduría de Temán termina en soberbia humana opuesta a Dios. Es terrenal, natural y diabólica, está llena de celos y ambición personal, y miente contra la verdad (Stg. 3:13-16). Por su parte la sabiduría que viene de lo alto es primeramente pura, pacífica, amable, llena de misericordia y buenos frutos (Stg. 2:17). Sobre Edom pende un juicio decretado que alcanza a todas sus ciudades.

Hay dos consejos opuestos entre sí, uno proviene de Esaú y su naturaleza, el otro es decretado por Dios desde su trono. Estos dos se oponen entre sí y debemos saber escoger.

El profeta Jeremías sobre Edom (II)

Por tanto, oíd el plan [«consejo» RV60] que el Señor ha trazado contra Edom, y los designios que ha decretado contra los habitantes de Temán... (Jeremías 49:20 LBLA).

Cuando venimos a las Escrituras de los profetas, la Toráh, los Salmos y los escritos de los apóstoles, debemos saber que estamos entrando en la soberanía de Dios expresada en su palabra revelada. No venimos para encontrar apoyo a nuestros razonamientos, sino para aceptar el consejo de Dios, todo el consejo de Dios, diría Pablo. Y una parte de ese consejo son juicios. Pretender ver en la Biblia solo amor, bondad y misericordia es engañarse a sí mismo. El propósito de Dios incluye juicios sobre los impíos, sobre aquellos que resisten su voluntad, y sobre las naciones que se oponen a su soberanía. Hay también un juicio sobre el hombre carnal, porque los que viven según la carne no pueden agradar a Dios, y su destino es la separación de Dios eternamente. Las obras de la carne serán juzgadas y aquellos que las practican no pueden heredar el reino de Dios (Gá. 5:19-21). Esaú es el representante del hombre carnal. El profeta Jeremías declaró el juicio de Dios sobre la descendencia de Edom. Ese juicio vino como consecuencia de la arrogancia y la soberbia manifestada en múltiples ocasiones. *Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.* No es nada nuevo. El Señor es el mismo y no cambia. Se anuncia un tiempo de quebrantamiento y castigo (49:8). Será desnudado (49:10) y descubiertos sus escondrijos, no podrá esconderse, será destruido y dejará de ser. Así es también el destino del hombre opuesto al Eterno. Las obras de cada uno serán expuestas; los que han edificado sobre paja, heno y hojarasca el fuego destruirá su obra, está anunciado. Podemos escondernos un tiempo, ignorar las consecuencias de nuestros actos como si no tuviéramos que dar cuenta a nadie, pero el día llega como le llegó a Edom. El juicio ha sido decretado (Sal. 149:6-9). *Porque por mí he jurado —declara el Señor— que Bosra [ciudad de Edom] será motivo de horror, de oprobio, de ruina y de maldición; todas sus ciudades [las del reino de Edom] se convertirán en ruinas perpetuas (Jer. 49:13 LBLA).* Y el día llegó para los descendientes de Esaú; como llegará para todos aquellos que eligen la soberbia del hombre carnal en oposición a la humildad del hombre nacido del Espíritu.

No debemos engañarnos, todo lo que el hombre siembra, eso siega. Esaú lo cosechó y el juicio está decretado para todos aquellos que eligen su naturaleza soberbia.

El profeta Jeremías sobre Edom (III)

Por tanto, oíd el plan [«consejo» RV60] que el Señor ha trazado contra Edom, y los designios que ha decretado contra los habitantes de Temán... (Jeremías 49:20).

La paciencia de Dios es mayor que la nuestra. Él es paciente esperando que procedamos al arrepentimiento. Antes de ello envía su palabra para hacernos volver del error de nuestro camino y evitar las consecuencias de nuestra resistencia a la verdad, viviendo obstinadamente aferrados a la soberbia y el orgullo que Dios resiste. La Biblia muestra con toda claridad que una vez superados los tiempos de ignorancia, debemos proceder al arrepentimiento. La Escritura manifiesta con toda claridad que podemos traspasar los límites y entrar en la extralimitación que nos conduce a un camino sin retorno. Los profetas nos advierten una y otra vez para volver y buscar a Dios mientras pueda ser hallado. El evangelio de Jesús nos ofrece un cambio de naturaleza para regresar a la cordura del arrepentimiento y la fe en Jesús. Sin ese cambio trascendental continuaremos desarrollando la naturaleza de Esaú que nos llevará al juicio de Dios, como lo encontraron los descendientes de Edom. El profeta Jeremías declara las consecuencias. *He aquí te haré pequeño entre las naciones, menospreciado entre los hombres. Tu arrogancia te engañó, y la soberbia de tu corazón... de allí te haré descender... y se convertirá Edom en desolación... como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra y de sus ciudades vecinas, dice YHWH...* (Jer.49:15-18). Observa que es un juicio que ya ha sido realizado en otras ciudades, las de Sodoma y Gomorra, así como en otras ciudades vecinas. Sin embargo, Edom no aprende. El hombre obstinado en su arrogancia no puede ver ni aprender en «cabeza ajena». Como dijo Salomón: *Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo que pasó* (Ecl. 3:15). Y otra vez dice: *¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol* (Ecl. 1:9). Entonces ¿por qué el hombre moderno piensa que Dios pasará por alto su comportamiento, que no habrá consecuencias de la impiedad, y que las naciones pueden traspasar indefinidamente la ley del Rey del Universo? El profeta responde: *Tu arrogancia te engañó, y la soberbia de tu corazón* (Jer.49:16). Ese fue el pecado de Esaú y es el nuestro hoy.

Si desechamos al que habla desde el cielo no queda más que una expectación de juicio que nos ha de devorar (Hebreos 10:27).

El profeta Abdías sobre Edom (I)

*Visión de Abdías. Así dice el Señor acerca de Edom: Hemos oído **un mensaje del Señor, y un mensajero** ha sido enviado a las naciones, diciendo: **Levantaos y alcémonos contra él en batalla** (Abdías 1 LBLA).*

En nuestro contexto religioso cuando hablamos de visiones casi siempre tienen que ver con mensajes agradables. Anunciamos visiones y sueños, en muchos casos, que engordan el ego humano, ignoran el temor de Dios y olvidan la naturaleza de pecado del hombre. Por su parte el profeta Abdías va a tener una visión devastadora para la tierra de Edom. Y no porque el profeta sea catastrofista, sino porque es el mensaje que ha oído del Señor y que debe anunciar a Edom y las naciones. Todas las naciones se parecen mucho unas a otras en su comportamiento contra el Señor y contra su ungido (Sal. 2:1-2). En el texto del Salmo 2 se refiere al advenimiento del Mesías y la oposición que las naciones harán a su manifestación. En el caso del profeta Abdías el ungido tiene que ver con Israel y los enemigos que se le oponen. Por tanto, las naciones tienen en común su oposición a Dios, a su ungido, a su pueblo, a su tierra y a su evangelio. En realidad es todo una misma cosa: el Adversario oponiéndose, a través de los hijos de desobediencia, a la voluntad soberana de Dios para establecer su reino en la tierra. Por tanto, en Edom vemos reflejada a nuestra propia nación; y en su actitud hacia Israel la de cada uno de nosotros como manifestación del hombre carnal. Hagamos un recorrido del juicio anunciado en este pequeño libro de la Biblia y aprendamos. Una vez más vemos que el centro de la naturaleza de Esaú se manifiesta en la soberbia de su corazón. *"La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que moras en las hendiduras de las peñas, en tu altísima morada; que dices en tu corazón: ¿Quién me derribará a tierra?"* (3). Tiene su seguridad puesta en la habilidad para buscar refugios y alturas inaccesibles para sus enemigos, por tanto se siente seguro y declara con altivez que nadie podrá derribarlo. Así es como se ve Edom, pero el profeta tiene un mensaje distinto para esta nación orgullosa: *"He aquí, pequeño te he hecho entre las naciones; estás abatido en gran manera"* (2). Otra vez la soberbia nos engaña. Nos hace creer que estamos seguros cuando en realidad vivimos al borde del precipicio. La altivez de corazón piensa y dice que no tiene necesidad de nada, pero no sabe que en verdad es miserable, pobre, ciego y está desnudo (Apc. 3:17).

Dios no hace nada sin anunciarlo por medio de sus profetas, y está escrito que resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes.

El profeta Abdías sobre Edom (II)

Por la violencia contra tu hermano Jacob, te cubrirá la vergüenza, y serás cortado para siempre (Abdías 10 LBLA).

El libro del profeta Abdías es un mensaje o pregón del Señor contra Edom por el trato dado a su hermano Israel. Judá había sido derrotada y llevada al cautiverio por los caldeos. Cuando lo vieron sus hermanos edomitas, descendientes de Esaú, no solo se alegraron, sino que participaron con su propia violencia a la destrucción y el saqueo de los judíos. Aunque Judá estaba bajo el juicio de Dios en ese tiempo, sufriendo las consecuencias de su propia rebelión al pacto y recogiendo el fruto de su pecado contra su Dios, eso no significaba que Edom pudiera aprovecharse de su debilidad para "hacer leña del árbol caído". Dios emitió un juicio sobre Edom para que la vergüenza cayera sobre ellos y que fuera cortado para siempre. Adonai envió diversos juicios sobre Israel a lo largo del recorrido bíblico, pero siempre los profetas hablaron de su restauración. Dios no ha desechado a su pueblo. La teología del reemplazo ha puesto base doctrinal a lo largo de la historia de la iglesia para aprovechar la debilidad y dispersión de Israel a las naciones, ensañándose contra los judíos acusándoles de pueblo deicida, olvidando el mensaje del profeta Abdías. Dios no ve con buenos ojos que las naciones aprovechen su castigo a Israel para destruirlos. La violencia de Esaú, –la misma naturaleza violenta–, ha sido usada contra Israel durante el tiempo de la diáspora por la mayoría de las naciones llamadas cristianas. Han participado del pecado de Edom. ¿Cuál fue ese pecado? Injuriaron a Jacob (vers. 10 RV60). Se unieron a sus enemigos (11). Se alegraron de su mal. *"No debiste haberte alegrado de los hijos de Judá en el día en que se perdieron, ni debiste haberte jactado en el día de su angustia"* (12). Robaron sus bienes (13). Edom ayudó a los babilonios para matar a los judíos en el día de su calamidad, y entregarlos como prisioneros (14). ¡Cuántas naciones lo hicieron en los días del holocausto! Casi toda Europa colaboró por acción u omisión. El silencio cobarde permitió la mayor barbaridad cometida por la humanidad. La naturaleza de Esaú está más cerca de nosotros de lo que pensamos. Dios la aborrece. La vergüenza cubrirá a todos aquellos que se oponen al pueblo de Dios, aunque este merezca su juicio. Edom fue cortado para siempre y nosotros deberíamos temer a un Dios que no cambia.

La violencia hecha contra los hermanos es aborrecida por el Señor, y causa una vergüenza que nos cubrirá.

El profeta Abdías sobre Edom (III)

Porque se acerca el día del Señor sobre todas las naciones. Como tú has hecho, te será hecho; tus acciones recaerán sobre tu cabeza (Abdías 15 LBLA).

A la generación de Noé le sorprendió el inminente juicio de Dios, aunque tuvieron un pregonero de justicia en el constructor del arca. Poco después la generación de Lot cometió el mismo error, vivían en inmoralidad, ociosidad, violencia y un hedonismo insoportable, hasta que el fuego que cayó del cielo los sorprendió a todos, sólo Lot y sus dos hijas escaparon. Por su parte el profeta Jonás anunció un juicio a la ciudad de Nínive dentro de cuarenta días y se arrepintieron proclamando un ayuno hasta de las bestias. Dios retrasó el juicio y aquella generación de Jonás no tuvo que sufrirlo. Está escrito: *"No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* (Gá. 6:7). *"Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio"* (Heb. 9:27). Y también que *"la ira de Dios se rebela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad"* (Ro.1:18). Sin embargo, nuestra generación vive a espaldas de estas verdades reveladas una y otra vez. Prefiere repetir el mismo error de generaciones pasadas e ignorar el inminente juicio de Dios sobre todas las naciones. Es el mensaje de muchos de los profetas de Israel, entre ellos Abdías. La variante en el mensaje de este profeta es que el juicio viene a las naciones por el trato dado a Israel, y esto concuerda con otras Escrituras. Está escrito que *"el que os toca, toca la niña de su ojo"* (Zac.2:8). Que hay bendición o maldición para las naciones o familias que bendicen o maldicen a Israel (Gn. 12:1-4). Incluso Jesús enseñó que el juicio a las naciones viene por el trato dado a *"estos mis hermanos más pequeños"*, refiriéndose a los judíos (Mt. 25:31-46). El texto de Abdías nos recuerda que de la misma manera que Edom hizo con Judá, así le sería hecho a Esaú, y todos aquellos que participan de su misma naturaleza pecaminosa. Podemos ignorar la verdad revelada, torcerla o manipularla, pero eso no la cambiará. Dios no cambia y lo que ha salido de su boca tiene cumplimiento, no solo en las promesas que tanto nos agradan, sino también en aquellas que apuntan hacia su juicio. No nos engañemos. Es el mismo Dios. Es la misma palabra. Teman las naciones y los pueblos ante el Dios de Israel y el anuncio de sus profetas.

Seamos sabios y pongamos nuestras vidas a línea con la palabra de los profetas que hablaron de parte de Dios. En ella tenemos nuestra salvación.

El profeta Abdías sobre Edom (IV)

Pero en el monte Sión quedará un remanente, y será lugar santo, y la casa de Jacob volverá a tomar sus posesiones... Y subirán libertadores al monte Sión para juzgar al monte de Esaú, y el reino será del Señor (Abdías 17,21 LBLA).

El juicio de Dios emitido sobre Edom contrasta con la restauración del reino de Israel. La Biblia muestra la eternidad del reino davídico, es decir, el reino mesiánico. Jesús nos enseñó a orar: *"venga tu reino"*. Ese reino tiene una dimensión física en Jerusalén, en Sión, y otra espiritual y celestial. Es el mismo reino. Su manifestación está ubicada en la tierra de Israel en los potrereros días. Los mismos apóstoles preguntaron a Jesús poco antes de ascender al cielo: *"Señor, ¿restaurarás en este tiempo el reino a Israel?"* (Hch. 1:6). La respuesta del Maestro los introdujo en los tiempos y las épocas que el Padre ha fijado con su propia autoridad (Hch. 1:7 LBLA). Ahora toca predicar el evangelio a todas las naciones, hasta que venga el día de la restauración de todas las cosas. Y una parte de esa restauración tiene que ver con el reino a Israel en Sión. Dicho esto, inmediatamente aparecen preguntas en nuestras mentes, preguntas muchas de ellas que quedan sin responder —recuerda la respuesta del Señor a los apóstoles— pero no por ello debemos ignorar el mensaje de los profetas. Abdías acaba su visión recordando que hay una diferencia entre el reino de Edom y lo que representa, además de la naturaleza de dicho reino; y el reino del Señor en Sión y Jerusalén. Hay diferencia. Como la hubo en los días de Israel en Egipto. Dios hizo diferencia entre la tierra de Gosén y la tierra de los egipcios. El profeta Daniel interpretó el sueño del rey Nabucodonosor donde una gran estatua mostraba los reinos de este mundo; vio una piedra cortada sin ayuda de manos, que golpeó la estatua en sus pies de barro desmenuzándola. Luego el viento se los llevó sin que quedara rastro alguno de ellos. Pero la piedra que había golpeado los reinos de este mundo, se convirtió en un gran monte que llenó toda la tierra (Dn. 2:31-35). Ese es el reino mesiánico. Es el reino de Dios. Es el reino al que se refiere el profeta Abdías que debe juzgar al monte de Esaú, *"y el reino será del Señor"*. Hay convergencia en la Escritura. La restauración de todas las cosas, el retorno de los judíos a su tierra, el regreso a su Dios, —mediante el evangelio—, y la manifestación del reino de Dios llenando toda la tierra, junto con los juicios y otros muchos eventos que tendrán lugar en el día del Señor.

Dios hace diferencia entre el justo y el impío, entre la luz y las tinieblas, entre la naturaleza carnal y el hombre regenerado, entre el reino de Edom y el reino de Israel, no lo olvidemos.

El profeta Ezequiel sobre Edom (I)

*Así dice el Señor Dios: Por cuanto **Edom ha obrado vengativamente contra la casa de Judá, ha incurrido en grave culpa y se ha vengado de ellos, por tanto, así dice el Señor: Yo extenderé también mi mano contra Edom y cortaré de ella hombres y animales y la dejaré en ruinas; desde Temán hasta Dedán caerán a espada. Pondré mi venganza contra Edom en mano de mi pueblo Israel, y harán en Edom conforme a mi ira y conforme a mi furor; así conocerán mi venganza, declara el Señor Dios** (Ezequiel 25:12-14 LBLA).*

Hemos dicho que varios de los profetas de Israel profetizaron sobre Edom. Hasta ahora hemos visto la profecía de Isaías, Jeremías, Abdías y ahora veremos la de Ezequiel. Toda la Escritura muestra con nitidez que Dios interviene en los asuntos de las naciones. La mentalidad materialista y laica de nuestra generación pretende ignorarlo porque ignora la Escritura y el poder de Dios. El apóstol Juan nos dice que *"el mundo está bajo el maligno"*, nos habla del príncipe de la potestad del aire que opera en los hijos de desobediencia. Hay un dominio espiritual detrás de las naciones que se oponen a la voluntad de Dios, y esa oposición siempre se manifiesta mediante resistir su palabra y perseguir al pueblo de Dios. El diablo se opone a Dios a través de su animadversión al pueblo que tiene las promesas y el evangelio, es decir, Israel y la iglesia. El reino de Edom manifestó su naturaleza vengativa contra la casa de Judá cuando Israel estaba en su máxima debilidad. Esta actitud fue considerada grave en el consejo de Dios y por ello se emitió un juicio contra la casa de Esaú. *"Todo lo que el hombre siembra, eso siega"*. Edom sembró venganza y recogió venganza y ruina. La mano ejecutora sería el mismo Israel. Esta verdad se repite en la Escritura en varias ocasiones. Dios pone su ira y furor en mano de imperios o reinos. Así fue con Babilonia sobre Judá, lo fue sobre Babilonia en mano de los persas. Por tanto, vemos en muchos casos donde el Señor envía sus juicios mediante pueblos que más tarde son juzgados. No hay ningún reino establecido sobre verdadera justicia hasta que vengan el Rey de Israel. Dios puso en manos de España el descubrimiento del Nuevo Mundo y gran parte de lo que vendría después, hasta que a su vez fue juzgada por sus extralimitaciones. No debemos ser ligeros a la hora de emitir veredictos sin revelación, pero sí debemos conocer las verdades reveladas que nos dan luz sobre el devenir de los pueblos. *La justicia engrandece a la nación, más el pecado es afrenta de las naciones* (Pr. 14:34).

Edom nos enseña a no ser vengativos con Israel ni con ningún otro pueblo. El evangelio enseña que no debemos vengarnos nosotros mismos.

El profeta Ezequiel sobre Edom (II)

*Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, pon tu rostro hacia el monte Seir, y profetiza contra él, y dile: Así dice el Señor Dios: He aquí estoy contra ti, monte Seir, extenderé mi mano contra ti, y te convertiré en desolación y en soledad. Dejaré en ruinas tus ciudades, y serás convertida en desolación; y sabrás que yo soy el Señor. **Por cuando tuviste enemistad perpetua y entregaste a los hijos de Israel al poder de la espada en el tiempo de su calamidad, en el tiempo del castigo final** (Ezequiel 35:1-5 LBLA).*

Está escrito que *por dos o tres testigos se decidirá todo asunto* (2 Co.13:1). Hemos visto que diversos profetas de Israel profetizaron sobre Edom. Su mensaje es coincidente. Lo cual viene a confirmar que en el consejo celestial se emitió una palabra determinante sobre la descendencia de Esaú. El Señor estaba en contra de esta nación y emitió su juicio definitivo para que quedara en desolación, soledad y ruina. No se puede resistir la voluntad soberana de Dios. La soberbia del hombre levanta sus argumentos altivos contra el consejo de Dios, pero debemos aprender que no se puede resistir a Dios. Es Dios quién resiste a los soberbios; y es al diablo a quién debemos resistir, sometiéndonos al Señor. Cuando no estamos dispuestos a humillarnos ante el Rey del Universo, será el mismo Señor quién nos doblegará y entregará a desolación y ruina. Está escrito que un día toda rodilla se doblará delante del Señor, y toda lengua confesará que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre. Hoy podemos hacerlo voluntariamente, aceptando la voluntad del Señor sobre nuestras vidas y que no llegue a nosotros el día del juicio anunciado sobre los que participan de la misma naturaleza edomita. Si rechazamos la bondad de Dios el día de salvación, nos encontraremos con su ira que no podremos eludir. El juicio sobre Edom vino por causa de su enemistad perpetua hacia Israel. Esa enemistad no agradó a Dios, y Él no ha cambiado. La cruz de Jesús ha derribado toda enemistad y pared intermedia de separación entre el judío y el gentil. Si rechazamos la intermediación de la sangre derramada del justo en la cruz del Calvario para nuestra reconciliación, estaremos frente a la ira del justo juicio de Dios sobre una naturaleza impía, incapaz de arrepentirse. Esaú no solo mantuvo su enemistad hacia Israel, sino que aprovechó sus momentos de máxima debilidad para hacerle el mayor daño posible. Esta palabra se levanta hoy también sobre todas las naciones que se empeñan en el antisemitismo y el odio a Israel. El juicio será el mismo: desolación, soledad y ruina.

Mantener la enemistad hacia Israel es oponerse a Dios. El antisemitismo es pecado. La teología del reemplazo no es la voluntad de Dios.

El profeta Ezequiel sobre Edom (III)

*Por tanto, vivo yo —declara el Señor—, que a sangre te entregaré y la sangre te perseguirá; ya que **no has odiado el derramamiento de sangre, la sangre te perseguirá** (Ezequiel 35:6 LBLA).*

Dios es amor, pero aborrece el pecado. Jesús amó la justicia, pero aborreció la iniquidad, por eso Dios le ungió con aceite de alegría más que a sus compañeros (Heb. 1:9). El hombre con la naturaleza de Esaú ama el pecado y no aborrece el derramamiento de sangre. Las naciones cuyos gobernantes legislan sin aborrecer el derramamiento de sangre quedarán dentro del juicio emitido sobre Edom. En ocasiones, las leyes encubren ese derramamiento de sangre mediante artimañas del lenguaje, con eufemismos engañosos que solo calman la conciencia de aquellos que se engañan a sí mismos. El aborto es un claro ejemplo de lo que estoy diciendo. Cada aborto practicado deliberadamente es derramar sangre inocente. Una sociedad que no aborrece esa iniquidad, sino que la justifica con argumentos sobre el derecho a decidir de la mujer, está actuando en la naturaleza de Edom. No odia el derramamiento de sangre, por tanto, la sangre le perseguirá. Una sociedad que permite la violencia, justificando al infractor y condenando al inocente, mantiene la simiente de Esaú en su seno. Toda sangre derramada injustamente levanta una voz al cielo desde la tierra. La sangre de Abel, derramada por la mano de su hermano, levantó una voz tan fuerte que fue oída en el cielo y emitió un juicio que marcaría la vida de Caín. *"Y El le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora pues, maldito eres de la tierra, que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando cultives el suelo, no te dará más su vigor, vagabundo y errante serás en la tierra"* (Gn. 4:10-12). La sangre derramada tiene voz. Esa voz reclama su retribución. La vida está en la sangre, por tanto, derramarla es quitar la vida y quedar convicto ante el trono de Dios. La sangre de los mártires por causa de Jesús será vengada (Apc. 6:9,10). Esaú estuvo dispuesto a derramar sangre y la sangre le persiguió. En muchas ocasiones, cuando un hombre mata a su mujer, la sangre le persigue de tal forma que solo quitándose la vida puede apagar la voz de su conciencia acusadora. Pero hay una sangre que también habla, y lo hace más fuerte que la sangre de Abel, es la sangre del Justo, derramada en la cruz del Calvario para que podamos obtener la justicia de Dios y escapar de la naturaleza perversa de Esaú.

Si amas a Dios odiarás el derramamiento de sangre inocente.

El profeta Ezequiel sobre Edom (IV)

Por cuanto has dicho: Las dos naciones y las dos tierras serán mías, y las poseeremos, aunque el Señor estaba allí (Ezequiel 35:10 LBLA).

El salmista dijo en cierta ocasión: *"Sean gratas las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti"* (Sal. 19:14). Toda la Escritura enseña sobre la trascendencia de nuestras palabras delante de Dios. Jesús dijo que de lo que hay en el corazón habla la boca. Muerte y vida están en poder de la lengua, y comeremos de su fruto: vida o muerte. Somos salvos por la confesión de nuestros labios, después de creer con el corazón y arrepentirnos de nuestros pecados. En muchas ocasiones la palabra hablada nos viene devuelta con retribución. *"Te has enlazado con las palabras de tu boca"*, por tanto, el sabio nos insta a no dar sueño a nuestros ojos hasta quedar libres del lazo de una palabra inoportuna que nos ha esclavizado (Pr. 6:2-5). Hay palabras que Dios no puede soportar, son como puñales que penetran en el cielo y provocan una reacción inmediata. Recordemos las palabras de Ananías y Safira delante del Espíritu de Dios y el apóstol Pedro. También las del enviado por el rey de Asiria para conquistar Jerusalén en días del rey Ezequías (Is. 37:23-24). Las palabras cargadas de soberbia son una afrenta al Dios de Israel. Uno de los mandamientos es: *"no tomar el nombre de tu Dios en vano"*. Esaú, desde bien temprano, menosprecio y habló mal de la herencia del Señor, la primogenitura. En el texto que estamos meditando la palabra que ofendió a Dios fue esta: *"Las dos naciones y las dos tierras serán mías, y las poseeremos"*. Seguramente se refería al reino del norte (Israel), que ya estaba en el cautiverio asirio; y al reino del sur (Judá), que había sido llevado al cautiverio por Babilonia. Edom quiso aprovechar la situación y apropiarse de la tierra que el Señor dio a Abraham y su descendencia, atrayendo la ira de Dios sobre sí mismo. Aún en los momentos de máxima debilidad de Israel, el Señor mantiene su promesa de la tierra a su pueblo, y es celoso en gran manera sobre aquellos que pretenden apropiársela, menospreciando su voluntad. Los medios de comunicación deberían tomar buena nota y no dejarse engañar por la propaganda islámica actual. Hay palabras que ofenden a Dios porque ponen en duda su soberanía y sus promesas. El resultado lo vemos en el siguiente versículo: *"Por tanto, vivo yo —declara el Señor Dios—, haré contigo conforme a tu ira y conforme al celo que mostraste a causa de tu odio contra ellos [Israel], y me haré conocer entre ellos cuando te juzgue"* (Ez. 35:11 LBLA).

Nuestras palabras opuestas a la voluntad de Dios y su pueblo se volverán contra nosotros. El hombre sabio teme ante el Dios de Jacob.

El profeta Ezequiel sobre Edom (V)

Entonces sabrás que yo, el Señor, he oído todas las injurias que has hablado contra los montes de Israel, diciendo: Están desolados; nos han sido dados para alimento (Ezequiel 35:12 LBLA).

La voz del profeta es un recuerdo a los hombres de que Dios oye sus palabras y responde a su soberbia. La naturaleza injuriosa del reino de Edom es una analogía para nosotros de la vida del hombre carnal. Sus palabras ofensivas contra Israel se refrendan en la oposición que ejerce el hombre caído a la voluntad de Dios. Esaú quiso sacar provecho del juicio de Dios sobre Israel y Judá, llevados al cautiverio por Asiria y Babilonia, anexionándose su tierra para alimento y engorde de su codicia. Así es la naturaleza del mal en el corazón del hombre no regenerado. Injuriar es agraviar o dañar a otro. Hacerlo cuando está en su máxima debilidad demuestra una cobardía y miseria propia de la maldad. Israel ha vivido una diáspora de 1800 años desde que fue destruida en el año 70 d.C. y poco más tarde en el 132 d.C. a manos del emperador Adriano. Esa destrucción anunciada por el mismo Jesús (Mt. 24:2) no sería definitiva, sino que vendría el tiempo de su restauración, el rebrotar de la higuera, también anunciado por el Maestro de Nazaret (Lc. 21:29,30). Sin embargo, las naciones se apoderaron de la tierra de Israel aprovechando su dispersión y persiguiéndola en las naciones donde se establecían. En el año 1948, después de un proceso gradual, los judíos rebrotaron en su tierra como nación, y a partir de ese momento el conflicto ha sido imparable y se ha extendido de tal forma que parece afectar a la estabilidad mundial. La misma naturaleza de Esaú/Edom reaparece en la historia de Israel una y otra vez. De la misma forma que la lucha entre la carne y el Espíritu está presente de forma indefinida en el interior del cristiano. También hoy, como ayer, Dios oye todas las palabras injuriosas que se lanzan sobre Israel y la iglesia. Es más, el Señor ve en esas palabras un mensaje lanzado contra Él mismo. *"Con arrogancia habéis hablado contra mí y habéis multiplicado vuestras palabras contra mí; yo lo he oído"* (Ez. 35:13). Y emite su veredicto: *"Así dice el Señor Dios: Para alegría de toda la tierra, yo haré de ti [Edom] una desolación"* (Ez.35:14). Los enemigos de Israel quedarán asolados, y aquellos que se deleitan en las obras de la carne no pueden heredar el reino de Dios. *"Como te alegraste sobre la heredad de la casa de Israel porque fue asolada, así te haré yo a ti. Serás una desolación... y sabrán que yo soy el Señor"* (Ez. 35:15).

La injuria contra Israel y la iglesia es una ofensa a Dios.

El profeta Malaquías sobre Edom

*Aunque Edom dice: **Hemos sido destruidos, pero volveremos y edificaremos las ruinas, el Señor de los ejércitos dice así: Ellos edificarán, pero yo destruiré. Y los llamarán territorio impío y pueblo contra quien el Señor está indignado para siempre** (Malaquías 1:4 LBLA).*

La naturaleza del hombre carnal no puede ser domesticada. Una y otra vez se levanta sobre sus mismas ruinas y patrones de conducta. Una de las mayores frustraciones del cristiano es su lucha interior con la vieja y vana manera de vivir heredada de la naturaleza adámica y personificada en la vida de Esaú. Aunque el hombre viejo ha sido destruido en la cruz del Calvario, –hemos sido unidos a Jesús en su muerte, sepultura y resurrección–, está al acecho, sin importarle el juicio que ha sido decretado sobre él. En cuánto tiene la ocasión se levanta para impedir que avancemos en los propósitos de Dios. Aunque hayamos tenido victorias sobre ciertas áreas de nuestra vida, debemos morir cada día —como diría Pablo— y no darle lugar a la carne hasta la redención final de nuestro cuerpo (Ro.8:23). La misma obstinación encontramos en la naturaleza del reino de Edom. Recuerda: la obstinación es idolatría (1 Sam. 15:23). Y la idolatría nunca se cansa de rebrotar una y otra vez bajo los parámetros del hombre caído y los sistemas religiosos. En el último de los profetas del Antiguo Testamento volvemos a encontrarnos con Edom. Malaquías habló de la destrucción del reino de Edom, pero volvió a levantarse en días de los macabeos, incluso se dice que fueron incorporados a la vida de Israel. Precisamente el rey Herodes era idumeo, gobernando Israel en días de la aparición del Mesías, opuesto al nacimiento de las profecías, queriendo matar a los niños judíos, siendo a la vez su rey. De esta forma tenemos la naturaleza edomita mezclada con el pueblo de la promesa. Carne y Espíritu queriendo hacer la misma obra. Imposible. Dios está indignado contra este pueblo para siempre. No hay reconciliación posible. Dios aborrece a Esaú. Nosotros debemos aborrecer las obras de la carne y vivir llenos del Espíritu. Debemos saber que Esaú no se rendirá aunque el juicio ha sido decretado sobre él. Aunque sea destruido por un tiempo vuelve a reaparecer. Por tanto, dice Jesús: *"Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"* (Mr. 14:38).

Edom es un territorio impío que rebrota una y otra vez en el devenir de los pueblos, por eso el Señor está indignado contra él para siempre.

Amalec el nieto de Esaú

*Y habitó **Esaú** en la región montañosa de **Seir**; Esaú es **Edom**. Estas son las generaciones de Esaú, padre de **los edomitas**, en la región montañosa de Seir. Estos son los nombres de los hijos de Esaú: Elifaz, hijo de Ada, mujer de Esaú... Timna fue concubina de **Elifaz, hijo de Esaú, y le dio a luz a Amalec**... Estos son los jefes de entre los hijos de Esaú. Los hijos de Elifaz, primogénito de Esaú, son... y **el jefe Amalec** (Génesis 36:8-16 LBLA).*

Cuando nos familiarizamos con el contenido bíblico podemos apreciar diversas cosas que llaman la atención. Una de ellas es la importancia que da la Biblia a las genealogías. Para nosotros no tienen demasiado interés, pero debemos comprender que hay una línea genealógica a la que Dios quiere que pongamos especial atención, es la descendencia de Abraham. La simiente de la mujer que había de venir, –profetizada en Génesis 3:15, y que aplastaría la cabeza de la serpiente–, debe ser identificada correctamente. Además, hay otras genealogías especificadas en la Escritura a la que se dedica especial atención; creo, y es una apreciación personal, porque esa familia tiene un carácter determinado que va pasando de padres a hijos y de generación en generación. Una de esas familias, —que transita en paralelo a la familia que tiene las promesas— es la descendencia de Esaú. Lo hemos ido viendo en las anteriores meditaciones, ahora quiero pararme en uno de los descendientes de Esaú, concretamente, en uno de sus nietos, Amalec, que tiene una relevancia especial en la Escritura por lo que iremos viendo en próximas reflexiones. Pues bien, en los textos que nos ocupan vemos el árbol genealógico de Esaú. Esaú es Edom, padre de los edomitas, que se establecieron en el monte Seir, una región montañosa al sureste de Israel, al sur del Mar Muerto. El primer hijo de Esaú fue Elifaz, quién tuvo una concubina llamada Timna que le dio a luz un hijo llamado Amalec. Por tanto, tenemos que Amalec es nieto de Esaú. Esta circunstancia no tendría mayor importancia si no fuera porque vemos en los amalecitas una gran parte del carácter que hemos ido viendo en Esaú y sus descendientes. Amalec fue uno de los jefes de la casa de Esaú, y la Escritura enfatiza su carácter opuesto a Israel, el pueblo de Dios. Veremos muchas de las características de Edom en los amalecitas, figura del hombre carnal, opuesto al nuevo hombre, nacido del Espíritu. Por todo ello, creo que merece la pena que hagamos un recorrido analizando los textos donde vemos la forma de actuar de Amalec, su carácter y su lucha contra los hijos de la promesa.

Esaú, Edom, los edomitas, Amalec y los amalecitas aparecen en la Escritura como parientes de Israel pero opuestos a la soberanía de Dios.

Amalec pelea contra Israel

Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim (Éxodo 17:8 LBLA).

Amalec significa «belicoso» o «pueblo que lame». La violencia, el robo, los asaltos y la traición están en su ADN. El carácter de este pueblo se distingue por asaltar de improviso, en momentos de gran debilidad, al pueblo de Dios, para saquear su herencia. Está orientado al saqueo más que a la edificación de su propio pueblo. Se mueve en bandas de salteadores buscando la espalda de sus víctimas para hacer el mayor daño posible. El cristiano experimenta en ocasiones estos asaltos de forma súbita que le roban las fuerzas espirituales para resistir al diablo. Por momentos queda atrapado en la vieja naturaleza pecaminosa que neutraliza el potencial de la nueva vida. Lo vemos de forma analógica en el pasaje que tenemos para meditar. Israel ha salido de Egipto, ha cruzado el Mar Rojo, ha superado las primeras murmuraciones por la aflicción del desierto, ha recibido el maná del cielo y agua de la roca, pero ahora, de forma repentina, aparece un enemigo de improviso para atacarle en Refidim. Refidim significa «espacios», «camas» (lugares de descanso), o «sostén» y «soporte». Cuando parece que ha llegado el tiempo de calma, en los momentos cuando nos relajamos creyendo que el peligro ha pasado, y podemos disfrutar de un merecido descanso, aparece Amalec para pelear y destruir. *Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino cuando saliste de Egipto, como te salió al encuentro en el camino, y atacó entre los tuyos a todos los agotados en tu retaguardia cuando estabas fatigado y cansado; y él no temió a Dios* (Dt. 25:17-18). Este es el carácter de Amalec. Atacar al pueblo de Dios cuando está cansado, y lo hace por la retaguardia, sin dar la cara, sin una lucha abierta, si no escondida, a traición, y en los momentos de máxima debilidad. Las obras de la carne tienen el mismo potencial destructivo. No hay tregua. Hemos recibido un llamamiento a *velar y orar para no caer en tentación. A la verdad el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Vestíos de toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra todas las asechanzas del diablo*. Los que estaban con Nehemías en días de la restauración de la muralla de Jerusalén, con una mano empuñaban la pala y con la otra la espada. El rey David, un día que se quedó solo, sin ir a la batalla, una banda de amalecitas en forma de lujuria de la carne se abalanzó sobre él y no pudo neutralizarla. El diablo ha venido a matar, robar y destruir. El pueblo de Dios que ignora sus maquinaciones será presa de sus ardides.

Tenemos un enemigo que no podemos ignorar, ni siquiera en los tiempos de descanso. Amalec permanece al acecho para pelar contra Israel.

Sal a pelear contra Amalec

*Y Moisés dijo a Josué: Escógenos hombres, y **sal a pelear contra Amalec. Mañana yo estaré sobre la cumbre del collado con la vara de Dios en mi mano** (Éxodo 17:9 LBLA).*

En ocasiones somos derrotados antes de salir a pelear. Hay una actitud pasiva en cierto tipo de cristianismo que mantiene una forma errada en cuanto a la guerra espiritual. También tenemos hoy en el lado opuesto iglesias que han llevado la guerra espiritual a extremos indeseados. Unos viven la vida cristiana como si el diablo no existiera, anegados por el humanismo y materialismo más ramplón; y otros, excitados por un desequilibrio que ve demonios en el mover de una hoja. No podemos ignorar que la Biblia está llena de batalla. Hay una batalla en la vida del cristiano que no debemos evitar. Pablo le dijo a Timoteo: *"Pelea la buena batalla de la fe"*. Jesús dijo: *"Desde los días de Juan el Bautista el reino de los cielos sufre violencia, y lo violentos lo arrebatan"* (Mt.1 11:12). Nuestras armas no son carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas, y llevar cautivos los pensamientos altivos, y las vanas imaginaciones, a la obediencia de Cristo. Amalec atacó a Israel en un momento de debilidad y descanso, lo hizo por la espalda, a la retaguardia, pero una vez que el pueblo se recompuso, Moisés (el hombre más manso de la tierra en aquellos días) dijo a Josué: *"Sal a pelear contra Amalec"*. No podemos permitir a la simiente carnal que domine nuestros afectos y nos atrape en su espiral de pecado e inmundicia. Hay que salir a pelear. Moisés lo hizo en su lugar, en la cumbre del collado, por su parte Josué enfrentó cara a cara las bandas de asaltantes amalecitas. Dos dimensiones y ámbitos de la lucha. Una en *"los aires"*, otra en la tierra. Nuestra lucha no es contra sangre ni carne, sino contra principados y potestades, contra huestes de maldad en las regiones celestes. Pero no todo es espiritual. Vivimos en un mundo material y físico, por tanto, en muchas ocasiones deberemos complementar el ámbito espiritual con el desarrollo natural de las cosas. No somos gnósticos, somos hijos del reino, seres tripartitos, y necesitamos actuar en fe y con osadía en todas las esferas de nuestra vida. Siempre hay que complementar la acción con oración, nunca orar sin actuar, o actuar sin orar. Esta combinación nos enseña la batalla que Moisés y Josué presentaron a Amalec. Moisés tenía en su mano la vara de Dios, Josué tenía la espada, también de Dios. Vara y espada para derrotar a Amalec. Disciplinas espirituales junto con las acciones oportunas.

El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y peleará. Amalec debe ser combatido y encarado para que no dañe nuestra retaguardia.

La mano alzada de Moisés

*Y Josué hizo como Moisés le dijo, y peleó contra Amalec; y Moisés, Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. Y sucedió que **mientras Moisés tenía en alto su mano, Israel prevalecía; y cuando dejaba caer la mano, prevalecía Amalec** (Éxodo 17:10-11 LBLA).*

Este episodio de la primera batalla que tuvo que enfrentar Israel, una vez que entró en el desierto, tiene mucha enseñanza para nosotros. El mensaje original que Dios dio a Moisés para que llevase a Faraón fue: *Deja salir a mi pueblo para que me sirva*. Ahora el pueblo ha salido, ha sido redimido de la esclavitud de Egipto y la tiranía de Faraón. Sin embargo, sigue habiendo enemigos. Amalec, figura de la carne, está al acecho y ha buscado el momento oportuno para atacar a Israel. El servicio del pueblo de Dios se lleva a cabo en medio de enemigos que se oponen al llamamiento. El diablo siempre anda alrededor buscando para impedir el cumplimiento de Dios en nuestras vidas, en nuestras familias y naciones. ¿Cómo enfrentó Moisés esta pelea? Generalmente se interpreta la subida a la cumbre del collado de Moisés, Aarón y Hur como una figura de la vida de oración, es correcto, necesitamos vida de oración en la congregación para encarar la batalla con los enemigos de nuestros avances. Pero creo que también podemos ver en Moisés al legislador, al portador de la ley de Dios, de la palabra de Dios. Por tanto, cuando Moisés tenía en alto su mano, —la ley de Dios debe estar levantada en nuestros corazones para hacer frente a los amalecitas, *¿Con que limpiará el joven su camino, con guardar tu palabra... en mi corazón he guardado tus dichos para no pecar contra ti* (Sal. 119:9-11)—, Israel prevalecía. Cuando las autoridades de una nación levantan la palabra de Dios en sus leyes, el pueblo prevalece sobre la maldad; cuando los padres de familia son temerosos de Dios y ordenan sus vidas y casas según sus estatutos, la familia puede hacer frente a las bandas de amalecitas que atacan su estabilidad. Si abandonamos la palabra de Dios como baluarte de nuestra fe, pronto nuestros pensamientos serán invadidos por corrientes ideológicas de este siglo, seremos anegados por la mentira, y el hombre carnal tomará el control. Israel nos enseña aquí, que desde temprano en la carrera, debemos hacer frente al enemigo mediante la oración y la palabra de verdad. Si nos cansamos en mantener la confesión de nuestra fe, pronto seremos zarandeados por las circunstancias y víctimas de bandas enemigas que vienen a impedir nuestro desarrollo espiritual.

Las manos alzadas por la verdad, y las rodillas no paralizadas de la oración, nos darán la victoria sobre Amalec.

El cansancio en la batalla

Pero las manos de Moisés se le cansaban. Entonces tomaron una piedra y la pusieron debajo de él, y se sentó en ella; y Aarón y Hur le sostenían las manos, uno de un lado y otro del otro. Así estuvieron sus manos firmes hasta que se puso el sol (Éxodo 17:12 LBLA).

No hay nada más natural que el cansancio. Moisés se cansó en medio de la batalla. Jesús también se cansó y se sentó al lado del pozo de Sicar. El cansancio puede ser de diversos tipos. Hay cansancio físico, mental, del ánimo, de la voluntad, de los sentimientos, el cansancio moral en medio de la injusticia, y el cansancio espiritual. El hombre está sometido a resistencia y prueba en cada una de las áreas que componen su ser. Los justos están sometidos a la prueba de cansarse por mantener la justicia en medio de un mundo impío. Muchos no resisten la presión y abandonan. La Escritura nos muestra ejemplos diversos de esta verdad. El salmista del Salmo 73 casi estuvo a punto de caer en la trampa, viendo prosperar a los impíos, y su vida, sujeta al temor de Dios, vapuleada por las circunstancias. Jeremías quiso abandonar, porque cada vez que hablaba de parte de Dios se burlaban de él, y llegó a la conclusión que no hablaría más en su nombre; pero hubo un fuego ardiente dentro de él que se lo impidió, luego el Eterno se levantó en su vida como Poderoso gigante. La estrechez, en diversos ámbitos de la vida, pone a prueba la firmeza de nuestra fe. Dios la prueba. Algunos, en el momento de la prueba abandonan, otros, la superan y llegan a dar fruto que honra a Dios. Pablo dijo a los gálatas *"No os canséis de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos sino desmayamos"* (Gá. 6:9). Debemos resistir el día malo vestidos de toda la armadura de Dios. Moisés se cansó y necesitó la ayuda de sus compañeros en la lucha, Aarón y Hur. *"Cordón de tres dobleces no se rompe fácilmente"*. Somos parte de un mismo cuerpo y nos necesitamos los unos a los otros, para estimularnos al amor y a las buenas obras. Cuando uno cae, el otro le levanta. *Consideremos a aquel que soportó tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado (Heb.12:3,4)*. Es normal cansarse en medio de la batalla, pero Dios ha provisto compañeros que nos ayuden a mantener la lucha por la verdad y la justicia. Moisés, con Aarón y Hur, mantuvo sus manos firmes hasta que se puso el sol y Josué deshizo a Amalec.

El cansancio no es motivo para abandonar la batalla, Dios renueva nuestras fuerzas en la firmeza de la fe, la oración y la verdad.

Amalec deshecho pero no destruido

Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada. Entonces dijo el Señor a Moisés: Escribe esto en un libro para que sirva de memorial, y haz saber a Josué que yo borraré por completo la memoria de Amalec de debajo del cielo (Éxodo 17:13,14).

Una de las mayores frustraciones del cristiano es recaer varias veces en la misma debilidad. Hay un tiempo cuando parece que ciertas áreas de nuestro carácter están vencidas para siempre, pero luego vemos que no ha sido así, y nuevamente se levantan para oponerse a nuestro crecimiento espiritual. Nuestro hombre viejo y carnal ha sido clavado en la cruz del Calvario, ha sido deshecho y el Nuevo Pacto contiene la memoria del suceso. Sin embargo, las enseñanzas de los apóstoles muestran que seguimos manteniendo un conflicto entre la carne y el Espíritu dentro de nosotros. Amalec ha sido deshecho, pero no destruido. Josué deshizo a Amalec a filo de espada, lo puso en fuga, fue dispersado, pero el mismo pueblo aparece más adelante oponiéndose nuevamente a Israel en su avance a la tierra prometida (Nm.13:29 y 14:39-45). Esta aparente contradicción nos deja perplejos en ocasiones. Vemos una cosa en la Escritura y otra en la experiencia cotidiana. No queremos encontrarnos con Amalec, pero éste aparece cuando menos lo esperamos. Sabemos que la voluntad de Dios está revelada sobre el hombre viejo, la sentencia está dada: crucificado. Hay un libro de memorial donde se nos recuerda que Dios borraré por completo la memoria de Amalec de debajo del cielo, pero aún debemos mantener algunos episodios más contra este enemigo que acecha. La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios. El juicio está emitido sobre el hombre pecaminoso y carnal, pero mantiene ciertas opciones sobre el hombre nuevo si nos alejamos de la verdad, la vida de oración y la firmeza de la fe sustentada sobre las promesas de Dios. Amalec se hace fuerte cuando el pueblo de Dios es debilitado por la incredulidad. Si olvidamos el libro que está escrito como memorial del destino de Amalec, seremos fácilmente engañados viviendo por la vista y no por fe. *El justo vive por fe. Porque por fe andamos, no por vista. Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe, la fe del que cree que Jesús es el Hijo de Dios.* La memoria de nuestra fe está sustentada sobre la palabra eterna de Dios morando en nuestros corazones.

Jesús es nuestro Josué que nos recuerda que Amalec ha sido deshecho.

El pecado nos derrota frente a Amalec

*Y muy de mañana se levantaron y subieron a la cumbre del monte, y dijeron: Aquí estamos; **subamos** al lugar que el Señor ha dicho, porque **hemos pecado**. Mas Moisés dijo: ¿Por qué, entonces, quebrantáis el mandamiento del Señor, si esto no os saldrá bien? No subáis, no sea que seáis derribados delante de vuestros enemigos, pues el Señor no está entre vosotros. Pues los amalecitas y los cananeos estarán allí frente a vosotros, y caeréis a espada por cuanto os habéis negado a seguir al Señor. Y el Señor no estará con vosotros. Pero ellos **se obstinaron en subir** a la cumbre del monte... Entonces descendieron los amalecitas y los cananeos que habitaban en la región montañosa, y **los hirieron y los derrotaron** persiguiéndolos hasta Horma (Números 14:40-45).*

Estas cosas están escritas para nosotros, para nuestra enseñanza, para que no hagamos lo mismo. La historia de las naciones tiene sucesos que marcan su devenir de forma trágica. Israel también. Estamos ante uno de ellos. Después de haber desobedecido a Dios, poner en duda sus promesas, y debilitar al pueblo con un mensaje de incredulidad, la sentencia de Dios vino sobre la generación que había salido de Egipto: «*En este desierto serán destruidos, y aquí morirán*» (Nm.14:35). Oída la sentencia, vienen las lágrimas del pueblo, pero esas lágrimas no cambiaron la voluntad de Dios. Después del llanto viene una valentía falsa, una determinación que parece devolverles la fe que antes no tuvieron. Demasiado tarde. Hay procesos irreversibles y oportunidades que nunca vuelven. Pero se obstinaron en hacer lo que debían haber hecho andando en fe y obediencia, ahora quisieron producirlo en sus propias fuerzas, alejados de la voluntad de Dios, y como reacción a su pecado. Este tipo de emocionalismo no impresionó al Señor, que ya se había apartado de ellos. Moisés les advirtió de la derrota, pero el sentimentalismo les llevó a desoír la evidencia. Los amalecitas y cananeos estaban frente a ellos, en esta ocasión las armas del pueblo de Dios eran carnales, en esas circunstancias siempre gana el hombre carnal, es decir, Amalec. No podemos combatir las obras de la carne con pecado y desobediencia, seremos derrotados, y Dios lo permitirá. La derrota nos devolverá a la realidad. El desierto nos espera. Y toda aquella generación tuvo que deambular por él hasta un nuevo tiempo.

Aunque escondamos nuestra desobediencia detrás de una osadía de fe fingida, no podremos hacer frente a Amalec. Dios no confirmará nuestra determinación porque ha nacido como reacción a la incredulidad.

El hombre sin temor de Dios

Acuérdate de lo que te hizo Amalec en el camino cuando saliste de Egipto, cómo te salió al encuentro en el camino, y atacó entre los tuyos a todos los agotados en tu retaguardia cuando estabas fatigado y cansado; y él no temió a Dios. Por tanto, sucederá que cuando el Señor tu Dios te haya dado descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que el Señor tu Dios te da en heredad para poseerla, borrarás de debajo del cielo la memoria de Amalec; no lo olvides (Deuteronomio 25:17-19 LBLA).

El hombre carnal se identifica por la ausencia del temor de Dios. Aunque puede mantener formas religiosas, sus acciones revelan que no hay temor de Dios en su corazón, por tanto, actúa sin sabiduría. La ignorancia es muy atrevida. Pero es un atrevimiento sobre la debilidad del otro. La falta de temor de Dios engendra la cobardía del hombre. La cobardía se disfraza detrás de una supuesta valentía sobre aquellos que están en inferioridad de condiciones. Esa es la naturaleza de Amalec. Ese es el hombre carnal, nuestra vieja naturaleza de pecado, que debe ser borrada debajo del cielo en nuestra manera de andar. En el texto que meditamos, vemos el surgimiento de una nueva generación en el pueblo de Dios que no debe olvidar lo que hizo Amalec. La vida cristiana tiene momentos de renovación y restauración, cuando es avivado el fuego de Dios en nuestros corazones. Significa un nuevo levantamiento para heredar las promesas de Dios, sin olvidar la naturaleza del enemigo que nos acecha a menudo. Debemos acordarnos lo que nos hizo Amalec cuando vivíamos muertos en delitos y pecados, alejados de la ciudadanía de Israel, ajenos a los pactos y las promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. *Porque nosotros también en otro tiempo éramos necios, desobedientes, extraviados, esclavos de deleites y placeres diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros* (Tito 3:3). Sin temor de Dios. *Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor hacia la humanidad, El nos salvó... por medio del lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo* (Tito 3:4,5), por tanto, debemos borrar de debajo del cielo la memoria de Amalec. «Acordarnos y borrar» de la memoria, ambas verdades juntas en la experiencia de la nueva vida en Cristo. En ocasiones nos acordamos de la vida en la carne y mantenemos su memoria en la conciencia de obras muertas. La sangre de Jesús borra la memoria de Amalec para vivir en novedad de vida.

La naturaleza carnal no teme a Dios y está destinada a ser borrada de la memoria. El hombre nuevo teme a Dios, es sabio, y guarda sus mandamientos.

Coaliciones de enemigos contra Israel

*Porque sucedía que cuando los hijos de Israel sembraban, **los madianitas venían con los amalecitas y los hijos de oriente** y subían contra ellos... así fue empobrecido Israel en gran manera por causa de Madián, y los hijos de Israel clamaron al Señor (Jueces 6:3,6).*

Las naciones cometen errores históricos que sufren sus efectos las siguientes generaciones. La desobediencia de nuestros padres nos alcanza en algún momento de nuestra propia historia. El poder del evangelio de Jesús penetra hasta esa espiral pecaminosa para romper los lazos de sangre de la vana manera de vivir heredada de nuestros padres (1 Pedro 3:17,18). El profeta Jeremías dijo que vendría un día —los días del Nuevo Pacto— cuando los hijos no llevarían la dentera porque sus padres habían comido uvas agrias, si no que cada cual morirá por su propia iniquidad (Jer. 36:29-31). Israel no obedeció el mandato de Dios en boca de Moisés para borrar la memoria de Amalec (Dt. 25:17-19). Permitió que Amalec se moviera libremente por su territorio, y que hiciera alianza con otros pueblos enemigos de Israel. En el pasaje que estamos meditando encontramos una coalición de madianitas, amalecitas y de los hijos de oriente. Todos ellos se juntaron con un mismo fin: saquear, robar y destruir la herencia de los hijos del pacto. Estos pueblos tenían en común varias cosas, una de ellas, su forma de vida nómada; eran salteadores que aprovechaban el trabajo de pueblos mas laboriosos para enriquecerse a su costa. Vemos en ellos a muchos de los especuladores actuales. Otra de las características que los unía era su oposición al pueblo de Dios. Los amalecitas ya lo habían hecho antes junto a Moab. Se unieron a este pueblo en su estrategia ocultista, mediante la contratación del falso profeta Balaán, para que maldiciendo a Israel frenaran su avance hacia la tierra prometida (Nm.22:4-7). No lo consiguieron porque Israel caminaba en obediencia. Pero en los días de los jueces, Israel abandonó la ley de Dios y por ello fueron entregados en manos de Madián y Amalec. La desobediencia empobreció a Israel y lo hizo esclavo de sus enemigos. De la misma forma, nuestra vida espiritual quedará neutralizada y empobrecida si damos lugar a la carne. En esos tiempos, la victoria está en volvernos a Dios en clamor y súplica para que seamos libertados de nuestros enemigos.

Hay una triada de enemigos del hombre espiritual: el mundo, la carne y el diablo, unidos contra la edificación del espíritu renacido.

Victorias iniciales sobre la carne

*Cuando Saúl asumió el reinado sobre Israel, luchó contra todos sus enemigos en derredor: contra Moab, contra los hijos de Amón, contra Edom, contra los reyes de Soba y contra los filisteos; adondequiera que se volvía, resultaba vencedor. **Obró con valentía derrotando a los amalecitas, y libró a Israel de manos de los que lo saqueaban** (1 Samuel 14:47,48).*

Es interesante hacer un recorrido bíblico por la lucha que Israel mantuvo contra Amalec en diferentes momentos de su historia. También es una realidad inevitable la lucha del cristiano con el viejo hombre carnal. La historia de Israel muestra que experimentaron tiempos de victoria sobre Amalec y otros de derrota. Las generaciones se suceden pero la lucha se mantiene. Podemos aprender mucho de cómo otros, antes que nosotros, combatieron contra el pecado y llegaron al final de su carrera con gozo. También podemos aprender de los errores de quienes nos han precedido en la fe y evitar cometer los mismos tropiezos. El reinado de Saúl comenzó con fuerza y victoria. Fue la respuesta permitida por Dios al clamor del pueblo por tener un régimen monárquico como las demás naciones. «Tener un rey que nos saque a la guerra, que vaya delante de nosotros. Un líder que podemos ver y seguir». Con esta actitud, aparentemente lógica, estaban desechando a Dios, –el camino de fe–, y escogiendo el modelo de las demás naciones. Estas decisiones comienzan a menudo con ciertas experiencias que parecen confirmar el acierto de una buena elección, aunque se verá que los gobiernos al estilo Saúl (figura del reinado del hombre carnal con sus potencialidades y hermosa apariencia) pronto demuestran su fragilidad. Eso lo veremos más adelante, ahora nos encontramos con un Saúl que obra con valentía, y derrota a los amalecitas y toda una serie de enemigos alrededor de Israel. Los amalecitas habían seguido saqueando, está en su naturaleza. Las obras de la carne levantadas en nuestro interior volverán una y otra vez a las mismas acciones. Se repiten con demasiada frecuencia para recordarnos que deben ser destruidas, nunca contemporizar con ellas esperando que el hombre carnal se comporte decentemente, con benevolencia. Es un gran error. La naturaleza de pecado está agazapada, esperando su oportunidad para saquear los bienes del reino en nuestros corazones, siempre que se le dé lugar. Es cuestión de tiempo.

Ciertas victorias iniciales sobre la carne en nuestra vida cristiana no son evidencia de madurez; debe establecerse el reino de Dios por la obediencia.

La victoria se consolida por la obediencia a la palabra

*Samuel dijo a Saúl: El Señor me envió a que te ungiere por rey sobre su pueblo, sobre Israel; ahora pues, **está atento a las palabras del Señor**. Así dice el Señor de los ejércitos: Yo castigaré a Amalec por lo que hizo a Israel, cuando se puso contra él en el camino mientras subía de Egipto. **Ve ahora, y ataca a Amalec, y destruye por completo todo lo que tiene, y no te apiades de él...** (1 Samuel 15:1-3).*

El reinado de Saúl tuvo un comienzo prometedor. Mantuvo una actitud de humildad, aunque sobrepasaba en altura a la mayoría de sus contemporáneos. Las primeras victorias sobre los de Moab, Amón, Edom, los reyes de Soba, los filisteos y los amalecitas fueron una confirmación de que Dios estaba con él y le daba la victoria por donde quiera que fuera. Esa mentalidad victoriosa, tan de moda en nuestros días, tuvo que ejercer sobre él un atractivo especial que le haría creer que siempre sería así. Una vez confiados en nuestras propias fuerzas es cuando estamos al borde del abismo. Una corte de aduladores nos hará olvidar fácilmente la prudencia de obedecer a Dios aún en los aspectos más aparentemente nimios. Una mentalidad de este tipo pone las bases para que escojamos obedecer lo agradable y desestimar lo impopular. Saúl había sido ungido rey por Samuel, pero no basta con la unción, hay que estar atento a las palabras del Señor. La unción nunca opera contra la palabra de Dios, por el contrario, nos enseña a permanecer en la verdad. La unción no es una excusa para la desobediencia. Dios pone a prueba al rey. Le da una misión clara y específica que debe cumplir en su totalidad: *Ve ahora, ataca a Amalec, destruye por completo todo lo que tiene, y no te apiades de él*. Palabras claras para no tener duda de cuál es la voluntad de Dios. Jesús dijo: *El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si hablo por mi propia cuenta* (Jn.7:17). La voluntad de Dios no cambia. Ya en los días de Moisés había emitido su juicio sobre Amalec, para que fuera quitada su memoria de debajo del cielo. Volvió a repetirlo poco antes de que Israel entrara en la tierra prometida, y ahora vuelve a pedir a Saúl que cumpla su voluntad. La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios. Está escrito: *Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*, —es enemiga de Dios debe ser crucificada en la cruz del Calvario—. El comienzo prometedor de Saúl va a poner en evidencia su fragilidad para obedecer a Dios.

La obediencia a la palabra de Dios consolida nuestro crecimiento espiritual, o pone al descubierto nuestra desobediente vida carnal.

Obediencia imperfecta es desobediencia

Saúl derrotó a los amalecitas... Capturó vivo a Agag, rey de los amalecitas, y destruyó por completo a todo el pueblo a filo de espada. Pero Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas, de los bueyes, de los animales engordados, de los corderos y de todo lo bueno, y no lo quisieron destruir por completo; pero todo lo despreciable y sin valor lo destruyeron totalmente (1 Samuel 15:7-9 LBLA).

No podemos servir a Dios y a las riquezas. La vida cristiana es rendición completa a la voluntad de Dios. No hay medias tintas en el mensaje del evangelio. No podemos vivir para Dios con un corazón dividido. La doblez confunde. El doble ánimo nos debilita. Debatirse entre dos pensamientos solo puede conducir al levantamiento del culto a Baal. La permisividad es el comienzo del reinado de la carne. Podemos engañarnos con medias verdades, con argumentos sutiles, pero el corazón desobediente acabará llevándonos a una rebelión abierta. Jesús dijo: *El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna* (Jn.12:25). El llamamiento al discipulado no tiene ambigüedad posible. *Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo* (Lc. 14:33). Pero siempre hay un Saúl dentro de nosotros que nos lleva a separar las cosas. Pensamos que la obediencia a Dios debe ser acorde a nuestros razonamientos humanos. Y estos nos dicen que hay cosas que son aparentemente buenas y no debemos ser tan «fanáticos» en desechar aquello que luego podremos usar «para la gloria de Dios». Falso. Nos engañamos a nosotros mismos. La orden de Dios a Saúl era clara: *Destruye por completo todo*. Lo hizo en parte. Estuvo dispuesto a realizar la voluntad de Dios, no estamos ante una rebelión abierta, sino encubierta. A veces queremos mostrar nuestra obediencia pero nos dejamos lo mejor para nosotros mismos. Saúl perdonó al rey Agag, lo mejor de los animales, y todo lo bueno. Parecería que el rey de Israel era más benevolente que el mismo Dios. Incluso más práctico. ¡Para qué destruir lo bueno y útil! ¡Qué osadía! ¿Somos mejores que Dios? Saúl quiso ganarse al rey de los amalecitas, le impresionó su aspecto imponente, y viendo lo mejor del ganado y las cosas buenas pensó que serían útiles, pero Dios lo había desechado. Ananías y Safira pensaron igual quedándose una parte, aunque aparentaban entrega total. Dios no puede ser burlado.

Una obediencia imperfecta, aunque tenga cierta carga de aceptación religiosa, no puede agradar a Dios. El Señor demanda obediencia completa.

La palabra corrige y desenmascara

*Entonces vino la palabra del Señor a Samuel, diciendo: **Me pesa haber hecho rey a Saúl, porque ha dejado de seguirme y no ha cumplido mis mandamientos.** Y Samuel se conmovió, y clamó al Señor toda la noche (1 Samuel 15:10-11).*

La mezcla de obediencia y desobediencia, el hombre carnal y el espiritual, nos engaña de tal forma, que comenzamos a tener una apreciación de las cosas muy distinta a la que tiene Dios de nosotros. Creyendo haberle servido con fidelidad, ponemos nuestras vidas rumbo al autoengaño que nos lleva al ensalzamiento de nuestra potencialidad. Creemos servirle, pero en realidad lo hacemos a nosotros mismos. El engaño de Saúl es de tal magnitud que piensa que ahora es un «gran hombre de Dios», permitiéndose levantar un ministerio alrededor de sus propias obras. Para ello, no escatima en «*levantar un monumento para sí*» (1 Sam. 15:12 LBLA). Está orgulloso de su «obediencia», y piensa que debe ser conocida por todo el pueblo, que admiren su entrega incondicional al Señor y le imiten, viéndole como «el gran siervo que cree ser». Vano intento. La palabra de Dios ya ha salido de su trono y contiene un mensaje muy distinto al que está creyendo Saúl. El mismo profeta Samuel queda estupefacto cuando recibe la visión de Dios sobre la actitud de Saúl. A Dios le pesa haberlo puesto por rey, un rey prototipo de líder carnal. Ha dejado de seguirle, aunque ha cumplido en parte su voluntad, pero no es suficiente, Dios necesita un hombre conforme a su corazón. No ha obedecido sus mandamientos, aunque a Saúl le parece que es un ejemplo digno de imitar. La palabra de Dios es un espejo para vernos. Es una antorcha que alumbra. Es una espada que divide el alma del espíritu, y discierne los verdaderos motivos de nuestro corazón. Nos desnuda ante Dios. Nos expone a su veredicto. Y toda predicación que no tiene estos ingredientes no es predicación, es engañar al pueblo con pensamientos de paz cuando no hay paz. Samuel quedó perplejo. Pasó toda la noche orando a Dios, conmovido por la dimensión del drama que estaba a punto de realizarse. Mientras tanto, Saúl se hace un monumento a sí mismo. Vive ajeno a la verdad revelada, pero cree con total «sinceridad» que ha cumplido con Dios. Esta es la lucha interior de muchos pastores y responsables de iglesias. El salmista dijo: *Escudriñame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Y ve si hay en mí camino malo, y guíame en el camino eterno* (Sal. 139:23,24).

Debemos estar siempre expuestos a la acción de la palabra de verdad, sabiendo que nuestro corazón es engañoso más que todas las cosas.

Pienso que cumplo sin cumplir

*Entonces Samuel vino a Saúl, y Saúl le dijo: ¡Bendito seas del Señor! **He cumplido el mandamiento del Señor.** Pero Samuel dijo: ¿Qué es este balido de ovejas en mis oídos y el mugido de bueyes que oigo? (1 Samuel 15:13-14).*

La Escritura enseña que *somos lo que pensamos. Pues como piensa dentro de sí, así es* (Pr. 23:7 LBLA). Un pensamiento errado pasado por bueno nos introduce en una cárcel de difícil liberación. Saúl ha entrado en ella. Piensa que ha cumplido el mandamiento del Señor, pero lo ha hecho solo en parte. Se ha dejado seducir por una obediencia parcial. Su corazón está alegre, la conciencia no le acusa, está convencido que ha hecho lo correcto y que Dios lo aprueba. Sin embargo, la verdad va por otro camino muy distinto. En ocasiones podemos ser sinceramente erróneos, estar plenamente convencidos de una postura que conduce al fracaso. El envanecimiento personal es el camino más rápido para conseguirlo. El rey de Israel estaba dando los pasos para ello. Los que están en puestos de responsabilidad tienen la necesidad de asegurar sus obras en la revelación de la Escritura. Es fácil equivocarnos cuando las circunstancias confirman lo que hacemos.

El pasaje que estamos meditando en 1 Samuel capítulo quince relata un episodio de la guerra entre Israel y Amalec. Pues bien, paradójicamente, algunas veces podemos pretender combatir a Amalec, —figura de la vida carnal—, con las mismas fuerzas carnales que pretendemos evitar. Saúl había luchado contra Amalec como resultado de un mandato del Señor, pero lo había hecho a su manera, con una proporción de obediencia y otra de desobediencia. Estas mezclas nunca dan buenos resultados en el reino de Dios. Saúl usó un lenguaje religioso. Cuando vio a Samuel le saludó así: *¡Bendito seas del Señor!* Y a renglón seguido se jacta de haber cumplido el mandamiento de Dios. Romper este momento «mágico» para Saúl era una tarea pesada para Samuel. El profeta podría haber sido políticamente correcto y dar por bueno el nivel de obediencia de Saúl. Sin embargo, fue cortante. No hubo lugar a la tibieza del mensaje. Atrajo la atención de Saúl hacia el sonido de las ovejas y el mugido de los bueyes que había perdonado en su guerra con los amalecitas, incumpliendo así la voluntad de Dios. La fe viene por el oír. La herejía también, escuchando doctrinas de demonios. Decir la verdad a los que están en autoridad es el mejor servicio que podemos hacer a la nación.

Nuestro oído puede recordarnos la magnitud de nuestra desobediencia.

Eludir nuestra propia responsabilidad

*Y Saúl respondió: Los han traído de los amalecitas, porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, **para sacrificar al Señor tu Dios; pero lo demás lo destruimos por completo** (1 Samuel 15:15).*

Cuando Saúl fue confrontado con la verdad de sus actos, su primera reacción fue justificarse a sí mismo y echar sobre el pueblo la responsabilidad de su desobediencia. Saúl elude su responsabilidad, pero la voz de Dios en la boca del profeta le recuerda la verdad de las cosas. Samuel hace un recorrido histórico de su llamamiento. Dios le escogió cuando el hijo de Cis se veía pequeño a sus propios ojos. ¡Cuántos pastores comienzan su llamado viéndose incompetentes y desvalidos, pero una vez han probado el respaldo del Señor en ciertas acciones se vuelven vanidosos y comienzan a confiar en sí mismos, abandonan la humildad de sus orígenes para entrar de lleno en la soberbia de la superioridad sobre los demás, evitando toda palabra que les recuerde su incapacidad inicial, comenzando a «flirtear» con la posibilidad de que son «especiales» y por ello fueron elegidos. Saúl fue enviado a una misión del Señor y la dejó inconclusa. No acabó con el anatema de los amalecitas —recuérdese el mismo mensaje en días de Josué y el pecado de Acán— porque temió al pueblo y no escuchó la voz de Dios (1 Sam. 15:24). Incluso dejó con vida al mismísimo rey de Amalec. El temor de los hombres y sus razonamientos carnales conducen a la desobediencia, y siempre hay un argumento para justificarla: *Las ovejas y los bueyes son para sacrificar al Señor tu Dios*. El argumento tiene aparentemente su base en la Escritura. Estaba escrito que ofrecieran sacrificios a Dios en el Tabernáculo, pero los sacrificios nunca pueden substituir la obediencia. Obedecer es mejor que los sacrificios. El hombre religioso está dispuesto a realizar cualquier tipo de sacrificio, —por costoso que pueda parecer—, pero ajustar su vida a la palabra de Dios y vivir en obediencia a sus mandamientos conlleva la rendición de toda la vida. Saúl quiso combatir a Amalec en sus propias fuerzas carnales, con pensamientos religiosos, pero no hay victoria definitiva sobre la carne con fortaleza humana, ni con fuerza de voluntad. Necesitamos la obediencia de mirar a Jesús en la cruz del Calvario. *Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios...*

No debemos eludir nuestra responsabilidad echándola sobre otros. Cada uno dará cuenta a Dios de sí mismo.

Obedecer es mejor que los sacrificios

*Y Samuel dijo: ¿Se complace el Señor tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la voz del Señor? He aquí, **el obedecer es mejor que un sacrificio**, y el prestar atención, que la grosura de los carneros (1 Samuel 15:22).*

El hombre natural y religioso está dispuesto a hacer esfuerzos y sacrificios. Un evangelio de obras parece motivar más porque apela a nuestra justicia propia, a nuestra participación en la salvación. También es más fácil de comprender y asimilar. Todas las religiones tienen una carga inmensa de obras para tratar de conseguir el favor divino. Muchos están bien dispuestos a realizar sacrificios costosos por el beneficio del favor divino. La disciplina personal tiene cierta reputación ante los hombres. Por ello, la mayoría de las personas preguntan qué cosas permite «tu religión» y cuáles prohíbe. Concebimos el sentimiento religioso alrededor de «hacer» o «no hacer». Sin embargo, el evangelio de la gracia de Dios está diseñado para sacarnos de la idolatría y obedecer. *Elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre, por la obra santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo...* (1 Pedro 1:1,2). *Nos convertimos de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero* (1 Tes. 1:9). Naamán, el sirio, estuvo dispuesto a hacer grandes sacrificios, si así lo hubiera propuesto el profeta Eliseo, pero consideró una humillación bajar al sucio río Jordán y zambullirse siete veces para quedar libre de la lepra que le dominaba. Saúl pensó que incumplir el mandato de Dios guardando los animales de Amalec para ofrecerlos en holocausto «al Señor», era mejor que obedecer la voz de Dios. El profeta Samuel declaró la sentencia que resuena aún hoy en nuestros oídos: «*obedecer es mejor que los sacrificios*». Como cristianos, fracasamos muchas veces en nuestra lucha contra *el pecado que mora en mí*, tratando de combatirlo con disciplinas apoyadas en una gran fuerza de voluntad, en lugar de venir a la cruz del calvario y morir con Cristo a nuestras pasiones y deseos. Pablo dijo: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gálatas 2:20). En cierta ocasión le preguntaron a Jesús: *¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? ... Les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado* (Jn.6:28-29).

Obedecer es mejor que los sacrificios, y prestar atención a la voz de Dios más trascendente que muchas obras de justicia propia.

Rebelión/adivinación y obstinación/idolatría

Porque la rebelión es como pecado de adivinación, y la desobediencia, como iniquidad e idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, El también te ha desechado para que no seas rey (1 Samuel 15:23).

El apóstol Pablo había predicado el evangelio en la región de Galacia, muchos de los que oyeron el mensaje lo recibieron con gozo, comenzaron a caminar en fe y por el Espíritu, pero pronto se desviaron del camino recto. Saúl comenzó bien el llamamiento de Dios, obtuvo diversas victorias rápidas sobre las naciones vecinas enemigas de Israel, fue con diligencia a combatir a Amalec cuando le fue requerido por Dios, pero creyendo haber obedecido el mandato divino, pronto se apartó de la fidelidad a la voz de Dios para dejarse guiar por pensamientos propios y opiniones del pueblo. Pablo encaró a los gálatas con una pregunta determinante: *¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿vais a terminar ahora por la carne? ¿Habéis padecido tantas cosas en vano?* (Gá. 3:3,4). Por su parte, el profeta Samuel enfrentó al incipiente rey de Israel con un mensaje que ponía en evidencia la fragilidad de su obediencia: *La rebelión es como pecado de adivinación, y la desobediencia, como iniquidad e idolatría.* Necesitamos el impacto de la palabra de Dios despertando nuestras conciencias de obras muertas, para servir al Dios vivo y verdadero. ¡Es tan fácil apartarse del camino cuando alejamos nuestro oído de la verdad! Luego escogemos un camino de obediencia intermedia. Mezclamos la revelación de Dios con nuestras propias opiniones personales, razonamientos humanos que comienzan con cierta semejanza religiosa que nos apartan de la verdad, pero nos convencen que andamos por camino recto. *Hay camino que parece derecho al hombre, pero su fin es camino de muerte* (Pr.16:25). La corrección que hizo Samuel al rey Saúl nos puede parecer exagerada. Equiparó la desobediencia — «obstinación» dice en la Biblia RV60— con el pecado de idolatría, y la rebelión con adivinación. Pablo habló de perturbación (Gá.5:12) sobre las iglesias de Galacia por la mezcla del evangelio con la justicia propia. La Escritura es muy seria en la defensa de la verdad de la palabra de Dios. Saúl fue rechazado, y desde ese momento su vida se convirtió en un infierno para él mismo y para los que estaban cerca de él. Los gálatas corrían el peligro de caer de la gracia y que el evangelio les hubiese sido predicado en vano.

Mantener una actitud de obstinación en el error conduce a la idolatría, y subestimar la palabra de Dios atrae un espíritu de adivinación.

Reconocimiento del pecado sin arrepentimiento

*Entonces Saúl dijo a Samuel: **He pecado; en verdad he quebrantado el mandamiento del Señor y tus palabras, porque temí al pueblo y escuché su voz** (1 Samuel 15:24).*

El perfil de Saúl demuestra el conflicto interno de muchos creyentes que quieren agradar a Dios sin abandonar la gloria de los hombres. Ya ocurrió en días de Jesús, muchos reconocían que era el Mesías, pero no se atrevían a proclamarlo porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Jn.12:43). Por eso dijo el Maestro: *el que se avergüenza de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre*. Saúl había ido a una misión contra Amalec, —figura del hombre carnal—, y estaba tratando de combatirlo con una obediencia parcial. Muchos creyentes quieren la libertad del Espíritu sin abandonar una vida desordenada. Es inútil. Saúl llegó al punto de reconocer que había pecado, quebrantado el mandamiento de Dios y la orden de Samuel de aniquilar a Amalec, sin embargo, ese reconocimiento no impidió que las ovejas y los bueyes siguieran en territorio israelita, y que el mismísimo rey Agag mantuviera toda su vida en el campamento de Israel. Fue el propio Samuel quién ejecutó el juicio de Dios sobre el rey amalecita. Es decir, Saúl reconoció su pecado sin las obras dignas de arrepentimiento, y sin restituir el error cometido. Se debatía entre dos pensamientos: tratar de cumplir el mandato de Dios y el temor al pueblo. Saúl quería la aprobación divina sin abandonar sus intereses personales de ser honrado ante los hombres para mantener el gobierno del pueblo. Estaba dispuesto a adorar a Dios sin un corazón perfecto (15:25), y mantener una confesión de pecado superficial por la necesidad de ser honrado delante de los ancianos de su pueblo (15:30). Muchos hacen concesiones religiosas para conseguir fines políticos. Es el pecado de Jeroboam. Saúl no comprendió que Dios lo había desechado, su reino estaba herido de muerte, aunque faltaban años para su materialización definitiva. El curso de su reinado siguió adelante sin el favor de Dios ni el apoyo del profeta. Muchos pastores siguen con sus proyectos aunque han sido desechados por Dios. Hay puntos de inflexión donde traspasamos los límites que Dios ha marcado y ya no hay oportunidad para el regreso. Hay maridos que pretenden recuperar su familia por remordimiento de lo que han hecho mal, pero sin obras dignas de arrepentimiento. El Señor arrancó el reino de manos de Saúl, y lo dio a un prójimo *«que es mejor que tu»* (15:28).

El reconocimiento de pecado que llega tarde no tiene la fuerza necesaria para un arrepentimiento transformador. Dios lo desecha.

El pecado no se borra con el tiempo

Porque tú no obedeciste al Señor, ni llevaste a cabo su gran ira contra Amalec, el Señor te ha hecho esto hoy. Además, el Señor entregará a Israel contigo en manos de los filisteos; por tanto, mañana tú y tus hijos estaréis conmigo (1 Samuel 28:18-19 LBLA).

El episodio de la vida de Saúl cuando fue a visitar a la adivina de Endor para hablar con Samuel, una vez que este había muerto, es uno de esos pasajes complejos de la Escritura. No entraremos aquí en él. Pero sí quiero poner de manifiesto que nuestro pecado no lo borra el tiempo. La desobediencia cometida por Saúl en los primeros años de su reinado en Israel, no había sido olvidada por Dios en los días finales de su vida. El primer rey de Israel realizó muchas otras obras después de haber desobedecido a Dios en lo tocante a Amalec, pero ninguna de ellas borró la rebelión de su corazón. Podemos «servir» muchos años como gobernantes y reyes —o pastores de iglesias— en Israel, y a la vez mantener sobre nuestra cabeza el juicio de Dios que un día nos alcanzará. La vida de Saúl fue un tormento para él mismo —y para muchos otros— desde el día que se obstinó en desobedecer la palabra de Dios. Mantuvo su posición privilegiada durante un tiempo, pasaron años de gobierno despótico, pero llegó el momento para rendir cuentas ante el trono de Dios. La gloria del hombre es efímera. Podemos mantener una vida religiosa durante un tiempo, incluso durante toda la vida, pero si nuestro corazón no es obediente a la palabra de Dios, ésta nos juzgará en el día postrero. Si pretendemos combatir al hombre carnal —que vive alejado de la voluntad de Dios— con justicia propia, rechazando la provisión de Dios en la cruz del calvario, (donde muere el hombre viejo y nace uno nuevo juntamente con Cristo), nos engañamos a nosotros mismos para llegar al fracaso final de nuestras vidas. El pecado no se borra con el tiempo, sino con la sangre derramada del Justo, el Hijo de Dios, para beneficio de todos los que le obedecen. Nuestra regeneración beneficiará, no solo a nosotros, sino a todos aquellos que estarán bajo nuestra influencia. Israel sufrió el desvarío de un gobernante demente por obstinarse en el error, hasta que Dios levantó un rey conforme a su propio corazón. Solo venceremos el poder del hombre carnal con el levantamiento de una vida llena del Espíritu.

El pecado de un rey lleva la nación a la derrota. El pecado de un padre atrae dolor a su familia. Solo el pecado borrado abre nuevas posibilidades de victoria y bienestar.

La muerte de Saúl a manos de un amalecita

Y él me dijo: ¿Quién eres? Y le respondí: Soy amalecita. Entonces él me dijo: Te ruego que te pongas junto a mí y me mates, pues la agonía se ha apoderado de mí, porque todavía estoy con vida. Me puse, pues, junto a él y lo maté, porque yo sabía que él no podía vivir después de haber caído (2 Samuel 1:8-10).

La vida y muerte —tanto física como espiritual— de Saúl estuvo muy ligada a los amalecitas. Primero tuvo lugar su muerte espiritual por causa de la desobediencia en no realizar la voluntad de Dios sobre Amalec. Luego vino la muerte física, también a manos de un amalecita. Por tanto, la vida de Saúl estuvo muy vinculada a este pueblo desechado por Dios. Hemos dicho que Amalec es una figura de la vida carnal en el creyente, por tanto, debemos concluir que nuestras vidas también pueden ser afectadas trágicamente según la gestión que hacemos del hombre carnal. El mensaje del apóstol Pablo es claro y sin fisuras: *El ocuparse de la carne es muerte. Los que practican las obras de la carne no pueden entrar en el reino de Dios. La paga del pecado es muerte.* Saúl es un tipo del creyente carnal. Comienza con un llamamiento de Dios, pero pronto desobedece su voz, la palabra de verdad no halla cabida en él, no mora en él, y se conforma con una mezcla de obediencia y desobediencia. Jesús usó la parábola del sembrador para hablarnos de cuatro diferentes terrenos en los que es sembrada la semilla del reino. Todos la oyen, pero solo uno lleva fruto, el que la oye y la obedece. Los otros lo hacen por un tiempo, pero luego abandonan. El comienzo de la vida de Saúl fue esperanzador, aunque pronto su camino se torció y quedó atrapado en una esquizofrenia que le impidió desarrollar la voluntad de Dios. Las obras de la carne fueron la nota predominante en su reinado, acabando sus días pidiendo a un amalecita que acabara con su vida, la poca que ya le quedaba después de haber sido herido en batalla. La naturaleza del amalecita manifestó su carácter innato matando al ungido del Señor. No temió hacerlo. Todo lo contrario, creyó cumplir con su obligación terminando con la vida de Saúl. Esa es la naturaleza de pecado que habita en el hombre caído. No podemos ser indulgentes con las obras de la carne, acabarán matando en nosotros la vida de Dios y su llamamiento.

Andar en el Espíritu y no satisfacer los deseos de la carne es condición indispensable para no acabar muertos a manos de un amalecita.

Un descuido y Amalec arrasa con todo

Y aconteció que cuando David y sus hombres llegaron a Siclag al tercer día, los amalecitas habían hecho una incursión en el Neguev y contra Siclag, y habían asolado a Siclag y la habían incendiado; y se llevaron cautivas las mujeres y a todos los que estaban en ella, grandes y pequeños, sin dar muerte a nadie; se los llevaron y siguieron su camino. Cuando llegaron David y sus hombres a la ciudad, he aquí que había sido quemada, y que sus mujeres, sus hijos y sus hijas habían sido llevados cautivos (1 Samuel 30:1-3).

Estamos en el final del reinado de Saúl y los acontecimientos que darán lugar a un cambio de reinado en Israel. Se libra la última batalla con los filisteos, Saúl y sus hijos están al frente del ejército. Los augurios son malos. La adivina de Endor ha invocado a Samuel y el mensaje recibido es trágico para la casa de Saúl y el pueblo de Israel. David y los que le siguen viven en la ciudad de Siclag, lejos del alcance de Saúl, y vaga por diversos lugares hasta saber lo que el Señor hará con su vida. Mientras tanto, las bandas de merodeadores amalecitas quieren sacar provecho de la situación. Aprovechando la ausencia de los varones en el campamento de David —que se encontraban en territorio filisteo dilucidando si irían a la guerra contra el ejército de Saúl; finalmente fue desaconsejado por los príncipes filisteos, y David con los suyos regresaron a Siclag— lo atacaron y se llevaron todo lo que encontraron, incluyendo las mujeres, los hijos y las hijas de las familias que seguían al hijo de Isaí. El texto es estremecedor: *habían asolado Siclag y la habían incendiado; se llevaron cautivas las mujeres y a todos los que estaban... había sido quemada y sus mujeres llevadas cautivas*. Si Amalec y sus bandas de asaltantes son una figura de la vida de la carne, aquí tenemos un cuadro muy gráfico de lo que pueden hacer las obras de la carne en la vida de una familia y un pueblo: asolar, incendiar y llevar en cautiverio. No podemos ignorar el poder destructivo de Amalec. David y los suyos fueron cogidos por sorpresa, estaban ocupados — ciertas ocupaciones desmedidas de los padres pueden provocar la invasión despiadada de asaltantes amalecitas que no perdonarán a la familia—, y al volver se encontraron con el desastre que les había sobrevenido de forma inesperada. Una vez más tenemos a los amalecitas asaltando el bienestar de las familias. Cómo afrontamos esos ataques determinará una buena parte de sus efectos.

La vida familiar está siendo atacada por bandas de amalecitas para destruirla. Nadie se libra de esos ataques, pero podemos combatirlos.

La respuesta de David a Amalec

*Entonces David y la gente que estaba con él alzaron su voz y lloraron, hasta que no les quedaron fuerzas para llorar... Y David estaba muy angustiado porque la gente hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba amargado, cada uno a causa de sus hijos y de sus hijas. **Más David se fortaleció en el Señor su Dios... Y David consultó al Señor... Y El le respondió** (1 Samuel 30:4-8).*

El panorama era desolador. Cuando han pasado las hordas de Amalec por un territorio, una familia o una persona, el resultado es destructivo. Veamos algunos contrastes. Saúl comenzó su carrera con una victoria sobre Amalec que acabó llevándolo a la derrota final, después de desobedecer completamente la palabra de Dios. Por su parte, David tuvo también sus encuentros con Amalec antes de ser rey, fue atacado ferozmente y expuesto a una prueba devastadora. Sin embargo, una experiencia inicial tan dramática dio lugar a un combate contra Amalec que acabó, siendo ya David rey, sometiendo a las bandas de amalecitas. (David tomó el oro de Edom, Amalec y otros que había sometido 2 Sam. 8:9-12 1 Crónicas 18:11). Pero vayamos por partes. Veamos cómo reacciona David al dolor de la pérdida. La situación era dramática: *lloraron hasta que no les quedaron mas fuerzas para llorar... David estaba muy angustiado porque la gente hablaba de apedrearlo, puesto que todo el pueblo estaba amargado.* Y ante este panorama desolador se levanta el corazón de fe de un hombre de Dios: *David se fortaleció en el Señor su Dios.* He aquí la respuesta del hombre espiritual y renacido. El espíritu toma el control de la situación poniendo su mirada en el Señor y en el poder de su fuerza. Ese levantamiento le llevó a consultar a Dios, no quedó paralizado más tiempo del necesario, si no que «*anduvo en el Espíritu*» combatiendo las obras de la carne que lo habían atacado. El Señor le respondió y le hizo entender cómo recuperar las pérdidas para llegar a un final victorioso: *David recuperó todo lo que los amalecitas habían tomado, también rescató a sus dos mujeres. Nada de lo que era de ellos les faltó, pequeño o grande, hijos o hijas, botín o cualquier cosa que habían tomado para sí; David lo recuperó todo.* Este es el mensaje del evangelio de Jesús. Podemos recuperar, en Cristo, todo lo que el hombre carnal nos ha robado andando en obras pecaminosas. En Cristo, las cosas viejas pasaron, todas fueron hechas nuevas.

Ante un ataque imprevisto de las obras de la carne debemos reaccionar en el Espíritu recuperando el propósito de Dios con nuestras vidas.

Las obras de la carne

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes, las cuales son: inmoralidad, impureza, sensualidad, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, enojos, rivalidades, disensiones, sectarismos, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes, contra las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

Después de este amplio recorrido que hemos hecho de las vidas de Esaú y Amalec viendo la analogía que hay entre el hombre carnal y el espiritual, quiero regresar al mensaje del Nuevo Testamento y la enseñanza del apóstol Pablo sobre la lucha que afrontamos los creyentes entre la carne y el Espíritu. La lucha interior es inevitable puesto que mantenemos dos naturalezas, una nacida de la carne y otra del Espíritu. Cada una de ellas produce según su propia naturaleza, ambas son incompatibles, y aunque en muchos casos se mezclan en nuestro diario vivir, debemos escoger con determinación a quién vamos a servir. La vida cristiana produce de sí misma el fruto de justicia. Sin embargo, la acción pecaminosa aún tiene la posibilidad de rebrotar para recuperar su viejo dominio sobre los redimidos que han escapado a su tiranía. Esta lucha interior puede producir frustración en nosotros, debemos saber manejar el conflicto y comprenderlo para no caer en el engaño de la incredulidad. Jesús dijo que el árbol se conoce por su fruto, por tanto, viendo el fruto podemos saber cuál es su naturaleza. Las obras de la carne están bien especificadas en la Escritura. Pablo nos hace una lista amplia de sus manifestaciones que nos recuerda al viejo ejército de Amalec. Cuando esas acciones están presentes en la vida de una persona sabemos que allí está operando el hombre carnal, opuesto a Dios y a la vida del Espíritu. Pablo acaba la lista con una sentencia lapidaria: *los que practican tales cosas no heredan el reino de Dios*. No hay lugar para la duda. No hay discusión posible. La manifestación del hombre carnal es abominación a Dios, como lo eran las obras de los edomitas y los amalecitas, pueblos contra los que Dios está enojado para siempre y aborrece. La lista de Pablo incide ampliamente en los pecados sexuales, muy presentes en nuestra sociedad, donde todo parece estar afectado por una sexualidad mal entendida y desordenada que ha sumergido a la presente generación en un mar de lodo.

Las obras de la carne están opuestas a Dios como lo estuvo Edom y Amalec, y su práctica aleja al hombre del reino de Dios.

La carne actúa sobre el cuerpo para muerte

Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas despertadas por la ley, actuaban en los miembros de nuestro cuerpo a fin de llevar fruto para muerte (Romanos 7:5).

¿Qué es el hombre? Un entramado de conflictos internos si atendemos a la enseñanza del apóstol Pablo en la epístola de Romanos capítulo 7. El apóstol se interna en este capítulo en las interioridades del ser para tratar de diseccionar y comprender el conflicto que se lleva a cabo en su interior. Verdaderamente es complejo. Somos complejos. Por mucho que leemos este capítulo nos quedan preguntas sin resolver, pero podemos constatar de manera clara que lo expuesto responde a la verdad de nuestra lucha interior. Vayamos adentro. Bajemos a las cavidades interiores cual geólogo a las profundidades de la tierra. Las conexiones son múltiples, los caminos diversos y escarpados, pero tratemos de percibir las guías maestras que nos lleven a comprender mejor nuestra propia complejidad para mejorarla. Es evidente que necesitamos el socorro del Espíritu de Dios, pero avancemos paso a paso. Dice Pablo: *mientras estábamos en la carne...* Es un estado que hemos abandonado, forma parte del pasado, de nuestra vieja y vana manera de vivir y pensar. Viviendo en ese estado se despertaban en nosotros las pasiones pecaminosas mediante la ley que pretendía limitarlas y acotarlas, sin embargo, producían un efecto contrario. La ley es buena, pero cuando actúa sobre el hombre carnal excita su pasión de tal forma que anhela hacer aún más aquello que se le prohíbe. De ahí que el pecado tenga cierto atractivo morboso para producir deseos que sabemos son contraproducentes. El adulterio es la muerte de la familia, pero ejerce un atractivo tan posesivo que neutraliza la razón, subyuga la voluntad y atrapa los sentimientos en una espiral irrefrenable. Las pasiones carnales activadas por la oposición de la ley actúan sobre los miembros del cuerpo, que se someten y rinden sin condiciones, produciendo un resultado de muerte previsible. Sin embargo, no podemos, o no tenemos, la capacidad para frenar sus efectos devastadores. Entramos así en la impotencia que nos conduce a la frustración, en unos casos; o a la condenación en otros, bajo el peso de una conciencia atormentada. Para el hijo de Dios esta lucha es posible ganarla porque existe dentro de su ser una nueva fuente de poder capaz de frenar las pasiones desordenadas. *Nueva criatura es*. Una nueva naturaleza con capacidad para levantarse sobre las cenizas del viejo hombre carnal y reinar.

Hemos muerto y resucitado con Cristo para andar en novedad de vida.

Un comportamiento incomprensible

*Porque lo que hago, no lo entiendo; porque **no práctico lo que quiero hacer, sino que lo que aborrezco, eso hago**. Y si lo que no quiero hacer, eso hago, estoy de acuerdo con la ley, reconociendo que es buena* (Romanos 7:15-16).

Ciertos comportamientos humanos son tan incomprensibles que nos dejan estupefactos. La capacidad del mal es tan poderosa que muchas veces arrastra personas a manifestaciones de un nivel de depravación difícilmente aceptables en una sociedad normal. Los más sorprendidos somos nosotros mismos. «¡Cómo he podido hacer eso!», decimos, «jamás pensé en hacerte daño», y sin embargo, lo hemos hecho, invadiéndonos la perplejidad. Nos odiamos. Nos culpamos. En los casos más graves solo el suicidio puede acallar la voz que nos atormenta. Ciertas filosofías modernas —porque son relativamente recientes, proceden en su mayoría de la época de la Ilustración francesa— nos dicen que el hombre es bueno por naturaleza, siendo la sociedad quien produce los resultados indeseados en su carácter. Habría que preguntarse ¿Quién ha producido la sociedad? Esa corriente de pensamiento humanista está muy lejos de la cosmovisión bíblica. En nuestras meditaciones lo hemos visto ampliamente. También se dice que «el hombre es el mayor enemigo del hombre». Hemos llegado a unos niveles de desequilibrio básico valorando más a los animales que a las personas. Decimos: «somos peores que animales», y en ciertos casos es cierto, pero eso no es razón para negar nuestra humanidad y colocarla al mismo nivel que el mundo animal. Lo que debemos saber es que *Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones* (Ecl. 7:29). Debemos saber también que la ley es buena para poner freno a los caprichos del pecado, pero que no es suficiente. La ley fue nuestro ayo para llevarnos a Cristo, quién cambia nuestra naturaleza de pecado por el poder de la resurrección y una vida indestructible por el Espíritu de Dios. Hay un tiempo para la lucha sin entender lo que sucede en nuestro interior. Pero el conocimiento revelado, mediante la palabra vivificada por el Espíritu, levantará la verdad en nuestros corazones para hacernos libres de nosotros mismos. Es el gran milagro: *Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*. (Colosenses 1:27).

Lo incomprensible de ciertos comportamientos humanos debe llevarnos a la impotencia de pelear una batalla perdida contra el pecado. La victoria está en aquel que venció el pecado y la muerte por nosotros.

Un habitante interior opuesto al bien

Así que ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí. Porque yo sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita nada bueno; porque el querer está presente en mí, pero el hacer el bien, no (Romanos 7:17-18).

La pregunta «¿qué es el hombre?» debería llevarnos a otra: «¿qué hay en el hombre?». Si sabemos lo que hay dentro de nosotros podremos comprender mejor lo que hacemos. La respuesta teológica de Pablo nos dice que hospedamos en nuestra morada terrestre un habitante que nos impide hacer el bien, y no solo lo impide, sino que trabaja en nuestra contra para producir aquello que en realidad no queremos hacer. Ese intruso que ha venido para quedarse, Pablo lo llama *el pecado que habita en mí*. Además, nos dice el apóstol, que es consciente de que en su viejo hombre, el nacido según la carne, no habita nada bueno. ¡Nada! Nada. No tiene arreglo posible. Es un desecho. No hay religión que pueda con él. No hay fuerza de voluntad que lo doblegue. El potencial del habitante que menciona Pablo es tan poderoso que estamos sentenciados a obedecer sus demandas por muy distintas que sean a nuestro pensamiento. ¡Qué lejos queda este mensaje de la filosofía humanista y «buenista» que nos han inoculado desde la infancia! Nuestros hijos la han bebido hasta la embriaguez en las universidades. Está tan extendida que oponerse a ella es ser intolerante, extraño, extraterrestre. Nada nuevo, el evangelio, en su múltiple mensaje, siempre ha sido impopular y ajeno al pensamiento humano. Una filosofía o religión que enfatiza la potencialidad humana, la autosuficiencia, el poder interior de la persona y las capacidades intrínsecas del hombre está muy lejos de la enseñanza del apóstol de los gentiles. Este mensaje se predica hoy en muchos púlpitos, haciendo un énfasis desmedido y falso sobre la realización personal y búsqueda de la felicidad. Pablo dice: *En mi carne no habita nada bueno*. Está presente el deseo de hacerlo, pero la impotencia es la norma y no hay excepciones en este caso. Acariciar, acunar y besuquear el hombre carnal no lo hará cambiar de naturaleza, su destino es la muerte para que pueda nacer una simiente nueva con el potencial del reino de Dios. No el potencial de resucitar la carne y regresar al deseo de hacer lo bueno, sino, el poder de Dios para salvarnos de nosotros mismos y llevarnos a la impotencia para vivificar el nuevo hombre.

El inquilino indeseable que habita nuestro interior no saldrá por voluntad propia, ni por educación, ni por normas religiosas, solo lo hará mediante el poder de la sangre de Jesús que lo disuelve.

Dos voluntades contrapuestas

*Pues no hago el bien que deseo, sino el mal que no quiero, eso practico. Y si lo que no quiero hacer, eso hago, ya no soy yo el que lo hace, sino **el pecado que habita en mí*** (Romanos 7:19-20).

La voluntad se mueve a impulsos de los deseos y la razón. Hay personas más inclinadas a la racionalidad, y otras que son más emocionales. Todas ellas tienen el mismo conflicto. Sea que la voluntad se mueve por deseos, o que lo hace por razonamientos, o ambos casos a la vez, siempre se le opone otra voluntad más fuerte, la del pecado que habita en él. Estas dos luchan entre sí para que no hagamos lo que realmente queremos hacer. Una vez más vemos que el poder del pecado es superior al de nuestra fuerza de voluntad o el poder de nuestros afectos. Mantenemos una lucha de voluntades en nuestro interior que nos recuerda la novela de Stevenson, *Dr. Jekyll y Mr Hyde*. Dos personajes antagónicos en una misma persona. La esquizofrenia —dos voluntades contrapuestas— forman parte de nuestra experiencia más veces de las que quisiéramos. Hoy lo llamamos trastorno bipolar. La exégesis de Pablo incide en la lucha de querer hacer una cosa y practicar otra, con lo que se pone de manifiesto que una personalidad ajena a nuestro ser, pero que está mezclada con él y se fusiona aunque sea distinta, nos lleva a hacer lo que no queremos. El apóstol lo vuelve a llamar *el pecado que habita en mí*. En otro lugar dice que *el pecado entró en el mundo por un hombre. El pecado entró*, por tanto, vino de otro lugar, era originalmente ajeno a nuestra naturaleza primigenia. Lo vimos en otras meditaciones. Pero ahora estamos ante una realidad que nos impide ser y desarrollar la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta. Podemos dar todas las coces contra el aguijón que queramos, pero no conseguiremos desalojar el poder del pecado de nuestras vidas salvo mediante aquel que lo ha vencido y derrotado en la cruz del calvario. *El que hace pecado, es esclavo del pecado, pero si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres*. Por tanto, solo un cambio de naturaleza, creada en justicia y santidad de la verdad, podrá ponernos en disposición de afrontar esta dualidad para amar a Dios con todo el corazón, sin doblez, y vivir alejados de la voluntad del pecado para poder hacer la voluntad de Dios.

No podemos servir a dos señores. Tampoco podemos servir a dos voluntades. El evangelio declara: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

El hallazgo de una ley mala

*Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que **el mal está presente en mí*** (Romanos 7:21).

La cosmovisión bíblica del hombre parte de la premisa negativa de que el mal está presente desde el principio. *En pecado me concibió mi madre*, dijo el salmista. Por su parte, la cosmovisión humanista moderna, surgida de la Ilustración, enseña que la naturaleza del hombre es buena hasta que se demuestra lo contrario. Ambas posturas son diametralmente opuestas. El conflicto comienza ya en el punto de partida. Si partimos de la concepción de un hombre bueno que viene a malearse por la influencia externa, estamos ante una idea opuesta a la revelación que encontramos en las Escrituras. La verdad bíblica presenta el caso contrario. El hombre nace en pecado, participa de una naturaleza mala, *el mal está presente en mí*, dice el texto en el que estamos meditando, por tanto, necesita un regenerador externo que cambie el rumbo del hombre. Esta premisa básica es fundamental en la predicación del evangelio. Sin naturaleza pecaminosa no se necesita un Redentor. Si partimos de concepciones ilustradas en la que una educación adecuada soluciona el problema de la naturaleza del hombre, evitamos la necesidad del evangelio, por tanto, de Dios, somos autosuficientes, basamos nuestra historia en nosotros mismos y nuestra potencialidad para hacer frente al mal. Ardua tarea. Errada visión. La historia reciente ha demostrado con toda nitidez la falacia de ese argumento. La religión tampoco es la solución, puesto que pretende reformar al hombre, el mal que está presente en él, a través de ritos, ceremonias, liturgia o doctrina. El poder del mal es tan fuerte que el hombre no tiene fuerza en sí mismo para sobreponerse a él. Queremos, pero no podemos. Lo intentamos y fracasamos. La frustración nos lleva a la rendición... pero hay respuesta, el evangelio es poder de Dios para salvación, lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Jesús apareció para quitar nuestros pecados (1 Juan 3:5), el Justo por los injustos, para llevarnos a Dios. El hombre es la mayor sorpresa del hombre. Hay acciones que muestran un tipo de maldad desconocida. Existe una ley invisible en nuestros miembros que pone de manifiesto la maldad que mora en el interior de la persona. Las acciones se reproducen a lo largo de las familias y las generaciones. La historia revela que el hombre comete los mismos errores y pecados sin que haya alternativa. La Biblia tiene razón: *el mal está presente en mí*.

El conflicto interno debe ser expuesto a la luz de la verdad del hombre que revela la Escritura. Evitarlo solo reproduce el mal. El evangelio redime.

Un conflicto de leyes contradictorias

*Porque en el hombre interior me deleito con **la ley de Dios**, pero veo **otra ley** en los miembros de mi cuerpo que hace guerra contra **la ley de mi mente**, y me hace prisionero de **la ley del pecado** que está en mis miembros (Romanos 7:22-23).*

La terminología que usa el apóstol Pablo en este pasaje es llamativamente belicosa. Habla de una guerra interior entre miembros del mismo cuerpo, incluyendo prisioneros. En ocasiones hablamos de «almas atormentadas» refiriéndonos a personas con un conflicto interno especial. Tenemos centros psiquiátricos donde las internamos, y en ocasiones decimos que hay mas «locos» fuera que dentro. Hemos hecho una lista de comportamientos aceptables que la sociedad reconoce como tales, y otros que son un peligro para la convivencia. Desde luego las autoridades deben tomar medidas para mantener la ley y el orden, impidiendo comportamientos nocivos que puedan destruir la sociedad. Sin embargo, damos por bueno o tolerable actitudes que son igualmente perniciosas, como por ejemplo el egoísmo, la codicia, las ambiciones y desigualdades abiertamente dañinas en toda convivencia. Pero, *no hay justo, ni aún uno... todos se han desviado, a una se hicieron inútiles; no hay quién haga lo bueno, no hay ni siquiera uno... Todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios* (Rom. 3:10-12,23). Al hacer una lista de «buenos y malos» damos por sentado que hay personas a las que no parece afectarles la guerra de la que habla Pablo en Romanos 7, pero todos sabemos que eso no es así. Todos sufrimos el conflicto interno con la naturaleza de pecado. El hombre interior, el espiritual, se deleita en la ley de Dios, pero hay otra ley que se revela y hace la guerra entre los mismos miembros de nuestro ser, afecta a los miembros y a la mente, y el resultado de esa lucha es acabar en una prisión invisible que actúa en nuestro cuerpo, haciendo obedecer una ley de pecado opuesta a la ley de Dios. Ahora podemos comprender mejor el lenguaje de Jesús en la sinagoga de Nazaret: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos... para poner en libertad a los oprimidos...* Son, —somos—, los prisioneros de la ley del pecado, apresados en calabozos de iniquidad interior.

La batalla interior de la persona, —el conflicto invisible del ser humano—, comienza a resolverse cuando identificamos la prisión en la que estamos y al libertador que necesitamos. El Hijo del Hombre vino a ponernos en libertad.

La liberación de un cuerpo de muerte

¡Miserable de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte? Gracias a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que yo mismo, por un lado, con la mente sirvo a la ley de Dios, pero por el otro, con la carne, a la ley del pecado (Romanos 7:24-25).

Hay quienes son partidarios de cambiar el vocabulario en la predicación del evangelio para hacerlo —dicen— más accesible al hombre no religioso. Damos por hecho que la terminología bíblica es ininteligible y buscamos la forma de acercarlo a la mente natural. Craso error. No estoy de acuerdo. Pablo habla de lucha interior, de guerra, de prisiones, de muerte y por supuesto del libertador. El lenguaje no puede ser más claro. Somos esclavos. Hemos nacido en pecado. Tenemos una naturaleza pecaminosa que se opone a Dios. Necesitamos un libertador de este cuerpo de muerte, y para ello debemos diagnosticar la enfermedad, sin eufemismos, ni pretender hacerla más agradable conduciéndonos irremediabilmente a la muerte eterna. Nos hemos vuelto demasiado blandos. Hemos abandonado, por cobardía, la proclamación de la verdad cruda, sin epidurales que mitiguen el dolor. Hay dolor. Hay sufrimiento. Y habrá más si no hablamos claro en lo tocante a la realidad del estado del hombre. Pablo ha expuesto en este capítulo un conflicto que desemboca en un clamor, un grito desgarrador: «*¡Miserable de mí!*». El hombre es un ser miserable sino resuelve su necesidad de ser librado del mal que lo domina. «*¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?*» El mismo clamor pone de manifiesto que el hombre al que se refiere Pablo está atrapado y tiene la necesidad de ser liberado. Y la liberación no es de una cárcel siberiana, sino de un cuerpo muerto pegado al que clama, atado a la persona que grita desesperada por liberación. ¡No podemos vivir enlazados a un cuerpo muerto! La muerte acabará oliendo mal, descomponiendo el cuerpo y afectando con su podredumbre al que lo lleva ligado. Es una imagen aterradora y una realidad aún peor. Si no hay clamor por liberación es porque no hay consciencia de la compañía a la que estamos atados. Los que perciben el olor de muerte del hombre carnal claman con desesperación, y es a ellos a quienes se dirige Pablo: «*Gracias a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*». Amén.

El grito de desesperación por la muerte que llevamos atada culminará con la liberación de ser unidos en yugo con Jesús. Soltamos la muerte y abrazamos la vida. Jesús es la vida, nuestra nueva vida en libertad.